

SISTEMA EDUFIN®

LAS 6 VIDAS DEL DINERO

Historias, decisiones y soluciones prácticas
para cambiar tu futuro financiero.



LUIS MIGUEL TORRES ARROYO

Las 6 vidas del dinero

**Historias, decisiones y soluciones prácticas para cambiar tu futuro
financiero.**

Luis Miguel Torres Arroyo

ÍNDICE

SOBRE EL AUTOR

NOTA AL LECTOR

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN

Cinco historias. Y una más: la tuya

Conoce a los protagonistas

1. MENTE

Tus decisiones de hoy pueden cambiar lo que viene mañana

1.1 Conciencia

1.2 Control

1.3 Conversión

2. GANA

Convierte lo que sabes y haces en oportunidades para generar más

2.1 Calcula

2.2 Genera

2.3 Avanza

3. ADMINISTRA

Pon orden en tu dinero para recuperar margen y avanzar

3.1 Diagnostica

3.2 Soluciona

3.3 Controla

4. INVIERTE

Pon tu dinero a trabajar para construir lo que quieres

4.1 Define

4.2 Compara

4.3 Crece

5. PROTEGE

Cuida lo que has construido antes de necesitar hacerlo

5.1 Anticipa

5.2 Defiéndete

5.3 Preserva

6. FINANCIA

Usa el crédito para acercarte a tus metas sin comprometer tu futuro

6.1 Conoce

6.2 Selecciona

6.3 Potencia

6 VIDAS DESPUÉS...

¿Qué ocurrió con José, Diana, Adrián, Benito y Rosa?

LA SEXTA VIDA

La tuya

Mis propias reglas del dinero

SOBRE EL AUTOR

Luis Miguel Torres Arroyo es empresario, consultor, profesor, autor y promotor de la educación financiera, con más de 20 años de experiencia profesional.

Durante 13 años desarrolló su carrera en **Banamex**, desde Ejecutivo PyME hasta posiciones nacionales de estrategia y transformación. En 2018 fundó **TOGA**, firma desde la que ha dirigido más de 40 proyectos para bancos, corporativos y PyMEs.

Es fundador de **Educación Financiera México**, iniciativa dedicada a promover la educación y la salud financiera de personas y negocios. A través de ella ha impulsado una red de más de 400 promotores, desarrollado más de 800 contenidos de finanzas personales y participado en proyectos de educación financiera, emprendimiento y empleabilidad.

Es profesor en la **UNAM** y ha impartido clases en el **Tecnológico de Monterrey**. Es Licenciado en Administración por la UNAM y cuenta con un MBA por **IE Business School**, en Madrid.

Como autor, su trabajo se concentra en convertir conocimientos de negocios, liderazgo y finanzas en herramientas que las personas puedan llevar a sus decisiones cotidianas.

NOTA AL LECTOR

Este libro tiene fines educativos. Las historias, ejercicios, cifras y escenarios que encontrarás a lo largo de estas páginas fueron contruidos para ayudarte a comprender, practicar y tomar mejores decisiones con tu dinero.

Algunas situaciones parten de experiencias del autor y otras de patrones observados a lo largo de años de trabajo con estudiantes, clientes, emprendedores y participantes. Los protagonistas reúnen características de distintas personas y sus datos pueden variar entre ejercicios cuando sea necesario para facilitar el aprendizaje.

Las tasas, precios, rendimientos, costos y demás cifras utilizadas son ilustrativas y pueden cambiar con el tiempo. Ningún ejemplo debe interpretarse como una recomendación personalizada para contratar un crédito, realizar una inversión, adquirir un seguro o tomar una decisión financiera específica.

Cada persona tiene circunstancias, necesidades y objetivos diferentes. Antes de tomar una decisión importante, analiza tu situación, compara alternativas y, cuando sea necesario, consulta a un profesional especializado.

Este libro puede ayudarte a aprender y entrenar. Las decisiones sobre tu dinero siempre serán tuyas.

AGRADECIMIENTOS

Este libro lleva mi nombre en la portada, pero se fue escribiendo mucho antes de que yo me sentara frente a una computadora para convertirlo en páginas.

Se fue construyendo en salones de clase, oficinas, empresas, cursos, asesorías y conversaciones con personas que un día decidieron contarme qué estaba pasando con su dinero. Gracias a mis alumnos, clientes, colegas, empresarios y emprendedores. Sus preguntas me obligaron muchas veces a regresar a conceptos que creía entender bien y explicarlos de otra manera. Sus decisiones también me enseñaron algo que ningún estado financiero muestra: detrás de cada número hay una persona tratando de resolver su vida.

Gracias especialmente a quienes tuvieron la confianza de hablar conmigo cuando las cosas no estaban saliendo bien. Es fácil contar una buena inversión o celebrar un negocio que funcionó. Es bastante más difícil hablar de una deuda que se salió de control, una decisión que salió mal, un fraude, un empleo que terminó o el miedo de no saber si el dinero alcanzará. Muchas de las lecciones de este libro nacieron de esas conversaciones.

José, Diana, Adrián, Benito y Rosa no son personas reales ni representan una sola historia. Fueron tomando forma a partir de situaciones, decisiones y patrones que he encontrado una y otra vez durante años de enseñar, asesorar y trabajar con personas y emprendedores. En ellos también hay algo de mis propias experiencias. Porque sería muy cómodo escribir un libro sobre errores financieros hablando únicamente de los errores de los demás.

Gracias a mis maestros, colegas y a todas las personas de quienes he aprendido sobre finanzas, banca, emprendimiento, educación y vida. Algunas de las lecciones que aparecen aquí llegaron de los libros y de las aulas. **Otras llegaron después de equivocarme.** Probablemente ésas fueron más caras, pero también difíciles de olvidar.

Y gracias, sobre todo, a mi familia. Con los años entendí que muchas decisiones que creía tomar solamente para mí también terminaban afectando a las personas que más quiero. Quizá por eso este libro terminó hablando tanto de familia, de tranquilidad, de futuro y de libertad, aunque al principio pareciera que estaba escribiendo solamente sobre dinero. Si algo quisiera conseguir con estas páginas es que otras personas puedan aprender algunas de estas lecciones sin tener que pagarlas de la misma manera.

Finalmente, gracias a ti por abrir este libro y dedicarle parte de tu tiempo. No sé qué estaba pasando con tu dinero cuando llegaste a estas páginas. Quizá quieres

salir de una deuda, empezar a invertir, ganar más, organizarte mejor, proteger a tu familia o simplemente entender si las decisiones que estás tomando te están acercando a la vida que quieres. Espero que después de acompañar a José, Diana, Adrián, Benito y Rosa puedas mirar la sexta vida —la tuya— con un poco más de claridad.

Porque después de tantos años hablando, enseñando, aprendiendo, acertando y equivocándome con el dinero, hay algo de lo que estoy convencido:

al final, nunca se trató solamente de dinero.

Se trató de lo que podemos hacer con él, con nuestra vida y por las personas que queremos.

INTRODUCCIÓN

Cuando la deuda en tarjetas de crédito llegó a rondar el medio millón de pesos, había algo difícil de explicar: la persona que aparecía en aquellos estados de cuenta sabía de finanzas.

No era su primera tarjeta ni acababa de descubrir qué era una tasa de interés. Conocía los productos financieros, sabía hacer cuentas y podía conversar con bastante seguridad sobre créditos, inversiones y dinero. Nada de eso impidió que las llamadas de cobranza comenzaran a formar parte de sus días y que, después de cada pago, la deuda siguiera ahí, moviéndose mucho más despacio de lo que necesitaba.

Uno podría imaginar una gran equivocación detrás de esos quinientos mil pesos. Una compra descomunal, un negocio que salió mal, alguna decisión tan absurda que permitiera señalar el momento exacto en que comenzó el problema. Tal vez gastos y compras en restaurantes, ropa, viajes y entretenimiento. Durante una etapa hubo también algo más difícil de reconocer: el deseo de convivir con personas cuya situación económica era distinta y participar en un estilo de vida que todavía no podía pagar.

Una noche, una cena entre amigos terminó costándole en unas horas una cantidad parecida a la que utilizaba durante un mes para comprar comida. Nadie la obligó a gastar. Estaba ahí, quería participar y decir “esto es demasiado para mí” podía resultar más incómodo que sacar una tarjeta.

Vista desde fuera, además, la solución parece demasiado sencilla: debió gastar menos, decir que no, controlar sus tarjetas, hacer cuentas. Con las decisiones de los demás tenemos una habilidad extraordinaria para saber qué habría sido lo correcto. El problema aparece cuando somos nosotros quienes estamos sentados a la mesa, cuando queremos pertenecer, impresionar, compensar un mal día, parecernos a alguien o disfrutar ahora y preocuparnos después.

Tal vez nunca hayas debido medio millón de pesos. Quizá tampoco hayas gastado lo que no tenías para acompañar a otras personas. Pero probablemente conoces esa otra sensación. Ves un automóvil, una casa, un viaje, un restaurante, un teléfono o la vida de alguien más y, durante unos segundos, ya no estás mirando lo que esa persona tiene. Estás comparándolo con lo que tienes tú.

A los diecinueve años, alguien que aparecerá más adelante en estas páginas vio un BMW azul. No sabía cuánto costaba ni cuánto ganaba su dueño. Aquel automóvil le permitió imaginar otra vida: viajar, conocer el mundo, ayudar a su madre y dejar de sentir que el dinero limitaba sus posibilidades.

A veces empezamos por el símbolo y tardamos años en descubrir lo que había detrás. Una casa puede representar seguridad. Ganar más puede significar independencia. Y eso que tantas veces llamamos libertad financiera puede tener menos que ver con dejar de trabajar que con recuperar la capacidad de elegir qué hacer con nuestro tiempo.

En algún momento del libro, una persona tendrá que ponerle números a esa libertad. Calculará cuánto necesita para vivir como quiere y cuánto tendría que construir para que parte de esa vida pudiera pagarse sin depender completamente de un empleo. La cifra que aparecerá en la calculadora será de varios millones de pesos.

También hablaremos de riqueza. No creo que haya que pedir disculpas por querer construirla, aunque conviene entender de dónde puede venir. Cuando observamos muchas grandes fortunas encontramos empresas que crecieron, utilidades reinvertidas, activos adquiridos y personas que asumieron riesgos durante años. Invertir puede ayudar a conservar y hacer crecer el patrimonio, pero crear una gran riqueza y elegir una inversión financiera son problemas distintos.

Eso abre una posibilidad que a veces olvidamos cuando hablamos de finanzas personales: nuestros ingresos actuales no tienen por qué definir para siempre nuestras posibilidades. Podemos desarrollar habilidades, crear más valor, probar otras formas de generar ingresos, emprender o construir activos. Claro que ganar más tampoco arregla automáticamente la relación que tenemos con el dinero.

En otra de estas vidas, los ingresos llegaron a superar lo que años antes habría parecido suficiente. Con ellos crecieron también los restaurantes, los viajes, el automóvil, la casa, los colegios y otros compromisos. Había más dinero, pero también una vida más cara.

Otra persona parecerá encontrarse en una posición bastante más cómoda. Tiene patrimonio, propiedades y activos que desde fuera podrían provocar cierta envidia. Cuando pongamos todos sus números en una sola página aparecerá un problema que no se veía. Una casa puede valer mucho y servir de poco para pagar el supermercado de los próximos tres meses.

Por eso los problemas financieros cambian conforme cambia nuestra vida. Hay momentos en los que necesitamos conseguir que alcance el dinero; otros en los que debemos resolver una deuda o empezar a ahorrar. Después pueden llegar preguntas sobre inversiones, patrimonio, protección, negocios o la forma de financiar algo que queremos construir. Lo que le sirve a una persona no necesariamente resuelve el problema de la siguiente.

Hasta el mismo dinero puede necesitar cosas distintas. Diez mil pesos que podrías necesitar dentro de tres meses no tienen el mismo trabajo que diez mil pesos destinados a algo que ocurrirá dentro de veinte años. Cuando lleguemos a las inversiones veremos por qué preguntar “¿cuál paga más?” puede ser una mala manera de empezar.

En esas páginas aparecerá también una oportunidad que parece extraordinaria. Habrá razones suficientes para entusiasmarse y alguien suficientemente convincente para hacer que las dudas parezcan una pérdida de tiempo. En otra historia la urgencia llegará por teléfono. La persona del otro lado parecerá conocer suficiente información sobre una cuenta bancaria para inspirar confianza. Hay un problema y debe resolverse rápido.

El crédito tampoco tendrá un solo papel. Lo veremos detrás de decisiones que terminaron reduciendo posibilidades, pero también detrás de proyectos que habrían tardado mucho más esperando a reunir todo el dinero. Durante mis años en banca vi empresas financiar producción porque tenían que pagar hoy y cobrarían meses después. También he visto crédito utilizado para estudiar, adquirir bienes y desarrollar proyectos, igual que lo he visto sostener durante demasiado tiempo una vida que los ingresos todavía no podían pagar.

Y habrá cosas que simplemente no podremos planear. En una de estas historias, una decisión que por la mañana parecía pequeña terminará unas horas después en un hospital. La atención médica superará los cuatrocientos mil pesos. Por ahora tampoco necesitas saber quién estaba ahí ni qué ocurrió con esa cuenta.

Todo esto puede parecer una colección extraña para un libro de finanzas: una cena, un BMW azul, una calculadora con varios millones, una llamada telefónica, un negocio, una deuda, una casa y una cuenta de hospital. Para mí, ahí es precisamente donde viven las finanzas personales. No sólo en los bancos o en una hoja de cálculo, sino en las decisiones con las que intentamos construir nuestra vida.

Hay algo más que hasta ahora he ocultado. Estas historias no pertenecen a una sola persona.

Algunas me ocurrieron a mí. Otras nacieron de situaciones y patrones que he observado durante años entre clientes, alumnos, empresarios, amigos y familiares. De ahí fueron tomando forma José, Diana, Adrián, Benito y Rosa. No son cinco modelos de lo que alguien debería hacer con su dinero. Tienen edades, ingresos, responsabilidades y deseos distintos; a veces acertarán y otras veces se equivocarán.

Podemos ser bastante sabios con una experiencia que todavía no nos ha costado nada. Es mucho más fácil descubrir un error cuando lo comete José, preguntarnos qué alternativa tenía Diana o entender por qué una decisión funcionó para Rosa antes de encontrarnos nosotros en una situación parecida. No tendrás que estar de acuerdo con ellos ni copiar sus decisiones. La ventaja consiste en poder mirar lo que hicieron, conocer después las consecuencias y quedarte con una experiencia que no tuviste que pagar personalmente.

Si alguna vez una historia de estas páginas consigue que te detengas antes de repetir un error que ya viste cometer a otro, habrás ganado tiempo. Y si un acierto te muestra una posibilidad que no habías considerado, quizá puedas empezar antes un camino que de otro modo habrías tardado años en descubrir. Ésa es una de las pocas formas que conozco de llegar un poco más preparado a una decisión que todavía no hemos vivido.

Por eso no pensé *Las 6 vidas del dinero* como un libro que simplemente se lee de principio a fin. Lo imaginé más parecido a un gimnasio de decisiones financieras. Conocer cómo funciona una pesa sirve de poco si nunca la levantamos; con el dinero tampoco basta con entender los conceptos si después decidimos exactamente igual.

A lo largo del libro iremos observando lo que ocurre en otras vidas y, poco a poco, la atención se irá moviendo hacia la tuya. Habrá cuentas que hacer, alternativas que comparar, preguntas que responder y espacios en los que tendrás que escribir. En algunos ejercicios volverás sobre una decisión después de haberla probado. No importa si dentro de un año cambias una respuesta. De hecho, espero que ocurra. Tus circunstancias cambiarán y algunas de tus reglas sobre el dinero también deberían hacerlo.

El recorrido comienza en **MENTE**, antes de tocar una calculadora, porque primero necesitamos entender qué hay detrás de nuestras decisiones y aprender a hacer una pausa antes de reaccionar. En **GANAR** pondremos números a la vida que queremos y exploraremos cómo nuestras habilidades y nuestra capacidad para crear valor pueden ampliar los ingresos con los que intentamos construirla. **ADMINISTRAR** nos llevará a reunir los números, entender dónde estamos y resolver lo que necesita atención antes de seguir avanzando.

Después, en **INVIERTER**, parte del dinero tendrá que empezar a trabajar para diferentes momentos de nuestra vida y aprenderemos a comparar alternativas según lo que necesitamos de ellas. **PROTEGER** nos hará mirar los riesgos, los fraudes y los imprevistos que pueden afectar lo que tardamos años en construir. Finalmente, en **FINANCIAR**, veremos qué ocurre cuando usamos dinero que todavía no hemos

ganado y cuándo hacerlo puede acercarnos a una meta o ayudarnos a construir algo sin comprometer innecesariamente el futuro.

Vamos a recorrer esta ruta con los personajes, con sus errores y sus aciertos, y después con tus propios números.

También encontrarás refranes que probablemente escuchaste mucho antes de aprender palabras como liquidez, diversificación o costo financiero. *De poquito en poquito se llena el jarrito*, *No todo lo que brilla es oro* o *Más vale prevenir que lamentar* estarán por aquí, algunas veces llevados a situaciones bastante absurdas. Los incluí porque todavía recuerdo frases que escuché en mi familia hace muchos años y he olvidado definiciones que estudié para un examen. Si uno de esos refranes o una imagen divertida aparece en tu cabeza justo cuando estás a punto de tomar una decisión, habrá servido para algo más que hacerte sonreír.

Habrà herramientas dentro del propio libro para trabajar con tu situación. Algunas necesitarán papel, lápiz y una calculadora; otras las podrás llevar a tus números en **edufin.mx**, donde encontrarás recursos para analizar alternativas, comparar escenarios y hacer ejercicios que resulta más práctico trabajar de forma digital. No quiero que la página sustituya lo que ocurre aquí. Quiero que te permita pasar de la historia y el concepto a una decisión que se parece mucho más a la tuya.

Ésa es también la razón por la que espero que este libro termine con anotaciones, números corregidos y algunas páginas a las que hayas regresado. Un libro de finanzas impecable después de leerlo puede verse muy bonito en un librero. A mí me interesaría más uno usado para resolver algo.

Todo esto tiene para mí una razón personal. Pensé en mis hijos.

No sé cuándo abrirán estas páginas. Tal vez alguno lo haga antes de pedir su primer crédito, cuando esté pensando dónde invertir o porque quiera iniciar un negocio. Quizá las encuentre mientras calcula si puede comprar una casa o cuando tenga que decidir entre una oportunidad y la seguridad de lo que ya conoce. También puede suceder que llegue aquí después de haberse equivocado. En ese caso, espero que no encuentre un libro dedicado a explicarle lo que debió hacer cuando ya es demasiado tarde.

Me gustaría que encontrara una manera de pensar qué puede hacer a partir de ahí.

Quiero que mis hijos disfruten el dinero que consigan. Que viajen si quieren viajar, construyan, compartan, emprendan si eso les interesa y se den algunos gustos que seguramente yo consideraré innecesarios. No escribí estas páginas para enseñarles a cuidar cada peso hasta convertir la vida en una larga espera para algún día

disfrutarla. Las escribí porque quisiera que pudieran vivir esas cosas sin que una decisión financiera equivocada les quite durante años la posibilidad de elegir otras.

Sé que van a equivocarse. Yo también lo hice. Pero quizá no tengan que cometer exactamente todos mis errores para aprender lo que me enseñaron. Podrán aprender también de personas que ganaron más, administraron mejor, invirtieron durante años, protegieron lo que construyeron o supieron utilizar el crédito para acercarse a algo importante. Y podrán ver lo que ocurrió cuando las decisiones fueron en sentido contrario.

Eso es parte de lo que quisiera dejarles: no respuestas para todas las situaciones que tendrán, porque no conozco las vidas que van a vivir, sino experiencias prestadas que les permitan llegar a algunas decisiones con un poco más de criterio y seguridad.

En el fondo, mi razón para escribir es bastante sencilla: no quiero ver sufrir a mi familia por dinero.

Con los años esa preocupación se fue extendiendo a mis alumnos, amigos, clientes y a muchas personas cuyas historias he escuchado. También a quienes probablemente nunca conoceré y que quizá llegaron a este libro porque algo en sus finanzas no está funcionando como quisieran o porque, aun estando bien, quieren saber qué más pueden construir.

Pensé también en quienes acompañan profesionalmente esas decisiones. Durante mis años en banca aprendí que detrás de una solicitud de crédito nunca hay solamente un monto, una tasa y un plazo. Puede haber una casa, una empresa, unos estudios o un problema que alguien quiere resolver. Detrás de una inversión hay algo que esa persona espera poder hacer en el futuro y detrás de un seguro hay algo que no quiere perder. Entender primero a la persona y lo que intenta conseguir cambia la conversación sobre el producto que podría ayudarla.

Quizá tú llegaste aquí porque tienes una deuda que no sabes cómo empezar a resolver. Tal vez consigues ahorrar dos mil pesos al mes y siguen en la misma cuenta porque no sabes todavía qué hacer con ellos. Puede que ganes bien y aun así te preguntes por qué el dinero desaparece. Quizá quieres comprar una casa, generar una segunda fuente de ingresos, iniciar un negocio, invertir por primera vez o saber cuánto necesitarías para tener más independencia en el futuro. Tal vez ya construiste patrimonio y ahora te preocupa conservarlo, hacerlo crecer y dejarlo suficientemente organizado para tu familia.

No sé cuál de esas vidas se parece más a la tuya, y probablemente ninguna lo hará por completo. Tampoco todos queremos lo mismo del dinero. Por eso mi promesa

no puede ser decirte cuánto tendrás dentro de diez años ni ofrecerte una receta para hacerte rico. Lo que sí puede hacer este libro es ayudarte a entender mejor dónde estás, ponerle números a lo que quieres, reconocer qué necesitas resolver primero y ampliar las alternativas que tienes para conseguirlo.

A lo largo de estas páginas podrás trabajar sobre la forma en que decides, tus posibilidades de generar más, la manera en que administras lo que ya ganas, el papel que pueden tener las inversiones, aquello que necesitas proteger y el uso que haces del crédito. Para una persona eso puede significar finalmente salir de una deuda; para otra, comenzar a invertir; para alguien más, construir un negocio, comprar una casa, proteger a su familia o empezar a formar un patrimonio que hoy todavía parece lejano.

Aprender de los errores y de los aciertos de otras personas no garantiza que siempre elegirás bien. Sí puede evitar que llegues a cada decisión como si fueras la primera persona que se enfrenta a ella. Y esa experiencia acumulada puede ayudarte a avanzar con mayor claridad y seguridad, corregir antes cuando algo no funciona y aprovechar mejor el tiempo que tienes para construir la vida que quieres en relación con el dinero.

Eso es lo que espero que te lleves de estas páginas. No sólo información financiera, sino criterio para usarla cuando la necesites. Porque la persona que debía alrededor de medio millón de pesos al principio de esta introducción tenía información. Sabía bastante de finanzas. Lo que tuvo que aprender después fue algo distinto: saber de dinero y saber decidir con él no siempre son la misma cosa.

En las próximas páginas conocerás mejor a José, Diana, Adrián, Benito y Rosa. Descubrirás qué historias pertenecen a cada uno, cuáles también fueron más y, probablemente, en algún momento encontrarás una decisión que se parece incómodamente a una de las tuyas.

Hay un detalle que por ahora prefiero dejar sin resolver. Te he presentado a cinco personas, pero el libro que tienes entre las manos se llama *Las 6 vidas del dinero*.

Empecemos.

CONOCE A LOS PROTAGONISTAS

José, Diana, Adrián, Benito y Rosa están en momentos distintos de su vida. Tienen diferentes edades, ingresos, responsabilidades y sueños. Algunos apenas comienzan a construir; otros llevan décadas haciéndolo. A lo largo de estas páginas los veremos ganar, gastar, administrar, invertir, protegerse, utilizar crédito, acertar y equivocarse.

Cada uno llega con una pregunta. Quizá alguna también sea la tuya.

JOSÉ

José tiene 22 años, estudia Administración de Empresas y vive con sus padres. Recibe una beca y ha comenzado a ganar algo de dinero creando contenido para redes sociales. Tiene pocos compromisos, una pequeña deuda en su tarjeta y algo que a los 22 años parece inagotable: **tiempo**. Tiempo para probar, equivocarse, aprender y empezar de nuevo.

Quiere ser muy rico. Así, sin rodeos. Quiere viajar, disfrutar la vida, crear negocios y algún día tener la libertad de decidir qué hacer con su tiempo. Por ahora, sus sueños son bastante más grandes que sus ingresos. Puede empezar a construirlos desde hoy o hacer algo muy fácil cuando uno es joven: pensar que después habrá tiempo.

José apenas empieza. Una tarjeta, sus primeros ingresos, una oportunidad de negocio o los primeros mil pesos que decida ahorrar pueden parecer decisiones pequeñas. Tiene muchos años para descubrir cuánto pueden crecer sus consecuencias y una ventaja que algún día dejará de tener: **la oportunidad de empezar temprano**.

¿Cómo empiezo hoy a construir la vida que quiero mañana?

DIANA

Diana trabaja como recepcionista en un hotel. También vende productos por catálogo y algunos fines de semana trabaja en una cafetería. Entre una cosa y otra consigue alrededor de \$25,000 mensuales. Para ganarlos entrega algo que también tiene valor: **muchas horas de su vida**.

Al final del mes le quedan cerca de \$3,000 y debe aproximadamente \$35,000. Cuando necesita más dinero, Diana hace lo que sabe hacer muy bien: trabaja más. Toma otro turno, vende algo, busca una oportunidad. Siempre encuentra la manera de seguir. Pero hay un pequeño inconveniente con ese plan: el día sigue teniendo veinticuatro horas.

Diana quiere que tanto esfuerzo empiece a dejar algo detrás. Que pagar una deuda abra espacio para ahorrar. Que ahorrar le permita empezar a invertir. Que ganar más no dependa siempre de trabajar más horas. Quiere mirar hacia atrás dentro de algunos años y encontrar algo más que una larga colección de jornadas agotadoras.

¿Por qué trabajo tanto y siento que avanzo tan poco?

ADRIÁN

Adrián tiene 38 años, es gerente de ventas y ha conseguido varias de las cosas que años atrás quería para él y su familia. Tiene buenos ingresos, una casa, automóvil, experiencia profesional y patrimonio. Si alguien observara su vida desde fuera, probablemente concluiría que le va bastante bien. Y en muchas cosas tendría razón.

El problema aparece cuando llega el sueldo. Una parte ya tiene dueño: hipoteca, automóvil, tarjetas, créditos y gastos de una familia cuyo nivel de vida también fue creciendo. Adrián gana bien y tiene patrimonio, pero sus compromisos han llegado a consumir más de lo que recibe. **La fotografía dice éxito. Los números cuentan una historia bastante más complicada.**

Durante años avanzó profesionalmente y aumentó su capacidad para generar ingresos. Ahora necesita conseguir que ese crecimiento también se refleje en sus finanzas. Cada peso comprometido antes de recibirlo reduce las decisiones que puede tomar después. Adrián todavía puede cambiar esa historia, pero primero tendrá que mirar detrás de la fotografía.

Si gano bien, ¿por qué siento que nunca tengo suficiente dinero?

BENITO

Benito tiene 53 años y durante más de veinticinco trabajó en Recursos Humanos. Contrató personas, participó en promociones y acompañó reestructuras. Conocía esas reuniones en las que alguien cerraba la puerta, bajaba un poco la voz y comenzaba a hablar de cambios organizacionales. Hasta que un día la silla del otro lado del escritorio fue la suya.

Salió de la empresa con una liquidación importante y una pregunta que no venía incluida en el depósito: **¿qué hago ahora?** Utilizó parte del dinero para invertir en un departamento y un automóvil capaces de generar ingresos. Todavía conserva recursos, pero las mensualidades, los seguros, el mantenimiento, los imprevistos y la vida cotidiana siguen llegando aunque la nómina haya dejado de hacerlo.

Benito tiene experiencia, patrimonio y años de trabajo detrás de él. Ahora necesita conseguir que todo eso le ayude a construir la siguiente etapa de su vida. Cada decisión pesa distinto cuando el dinero representa décadas de esfuerzo y el tiempo para recuperarse de un error ya no parece infinito.

¿Qué hago con lo que construí ahora que mi vida cambió?

ROSA

Rosa tiene 65 años y está entrando en una etapa que durante mucho tiempo imaginó como el final de su vida laboral. Recibe una pensión y otros apoyos y conserva parte del dinero que reunió durante años. Sus ingresos alcanzan casi para cubrir sus gastos. Ese “casi” parece pequeño cuando se mira un solo mes. Cuando se multiplica por muchos años, empieza a contar otra historia.

Rosa también tiene algo que ninguna cuenta bancaria muestra: décadas de experiencia. Sabe cocinar y conoce el valor que puede tener una buena comida preparada con sus propias manos. Esa habilidad puede ayudarla a generar ingresos, mantenerse activa y convertir una pequeña fonda en parte de la vida que todavía quiere construir.

Rosa quiere tranquilidad, independencia y dejar algo a su familia. Tendrá que decidir qué hacer con lo que recibe, con lo que ha guardado y con lo que todavía puede producir. También encontrará oportunidades que prometen multiplicar rápidamente el dinero que tanto tiempo le costó reunir. A los 65 años, sus decisiones financieras siguen teniendo consecuencias sobre muchos años que todavía están por vivirse.

¿Cómo hago que lo que tengo me alcance para la vida que todavía quiero vivir?

LA SEXTA VIDA

Ya conoces a José, Diana, Adrián, Benito y Rosa. Durante las próximas páginas podrás observar sus decisiones antes de conocer sus consecuencias. Algunas te parecerán acertadas. Otras quizá te hagan pensar que tú jamás harías algo parecido. Y puede que, de vez en cuando, alguna resulte incómodamente familiar.

Pero falta una vida en este libro. Una que no puedo describir en estas páginas porque no conozco cuánto ganas, qué debes, qué has construido, qué quieres proteger ni la vida que imaginas para los próximos años. Tampoco sé cuál será tu siguiente decisión con el dinero.

La sexta vida es la tuya.

Y mientras ellos recorren estas páginas, tú podrás hacer algo más importante que descubrir qué ocurre con sus decisiones:

empezar a decidir qué quieres que ocurra con las tuyas.

1. MENTE

Tus decisiones de hoy pueden cambiar lo que viene mañana

¿Cómo estás decidiendo con tu dinero?

Es domingo por la mañana. Quieres salir a desayunar, buscas la cartera y no tienes efectivo. Tomas el celular, abres la aplicación del banco y miras tu saldo. Hay menos dinero del que pensabas.

Lo miras otra vez, como si en esos tres segundos el banco pudiera recargar y decir: “Perdón, nos equivocamos. Aquí están los cinco mil pesos que te faltaban”. No sucede.

Entonces haces memoria. El viernes saliste, el sábado compraste algunas cosas, pediste comida, pagaste la tarjeta... y aparece una pregunta que seguramente te has hecho alguna vez: **¿En qué se me fue el dinero?**

Cuando era joven no hacía presupuesto. Gastaba mientras hubiera dinero y, cuando se terminaba, pedía prestado. Después llegaba mi siguiente ingreso, pagaba lo que debía y volvía a empezar. Me divertía muchísimo; el problema llegaba después. Con los años aprendí a llamarle **la resaca del dinero**.

Es parecida a la de una buena fiesta: la disfrutaste, pero al día siguiente intentas reconstruir qué pasó. Solo que aquí no buscas recordar con quién hablaste, bailaste o te enamoraste. Intentas recordar qué hiciste con tu dinero. Tuve varias de esas resacas financieras. Algunas fueron divertidas. Otras me salieron bastante caras.

Después descubrí, durante mis años en un banco, como profesor y ahora dedicado a la educación financiera, que aquello no me sucedía solamente a mí.

Eso me hizo entender que **“¿en qué se me fue el dinero?” es una buena pregunta, pero llega demasiado tarde**. El dinero ya se fue. Lo interesante es descubrir qué pasó antes. ¿Por qué decidiste comprar eso? ¿Qué estabas pensando o sintiendo? ¿Lo necesitabas, lo querías, alguien te convenció o simplemente apareció frente a ti en el momento indicado con un enorme letrero de “OFERTA”?

Y después viene una pregunta todavía más importante: **¿Esa decisión te acercó o te alejó de lo que quieres?**

Porque el dinero no solamente se gasta. También puede convertirse en tus estudios, un viaje, un negocio, la tranquilidad de tu familia, un patrimonio o la posibilidad de independizarte. Por eso, antes de preguntarte cuánto dinero quieres tener, prefiero preguntarte: **¿Para qué quieres dinero?**

Y si sabes para qué lo quieres, entonces podemos cambiar aquella pregunta del domingo. En lugar de esperar a que el dinero desaparezca para preguntarte “¿**en qué se me fue?**”, puedes empezar antes y decidir:

¿En qué quiero utilizar mi dinero y para qué?

Tu historia con el dinero ya comenzó. Está llena de decisiones que te ayudaron, otras que te perjudicaron y seguramente algunas que hoy tomarías diferente. No podemos regresar para cambiarlas. Pero sí podemos utilizarlas para responder las preguntas que van a acompañarnos a partir de ahora:

¿Qué decisiones he tomado con mi dinero y cuánto me han costado o beneficiado?

¿Cómo puedo controlarme antes de actuar por impulso?

¿Qué voy a hacer diferente la próxima vez?

Las respuestas están en tu propia historia y entre todas las decisiones que has tomado hay una que me interesa especialmente: **la siguiente**. Esa todavía no la has tomado. Empecemos por descubrir qué podemos aprender de las anteriores.

PALABRAS QUE TE CONVIENE CONOCER

Las utilizaremos para entender algo mucho más importante: qué ocurre antes, durante y después de una decisión con tu dinero. Si alguna todavía no te resulta familiar, no te preocupes. Al terminar el capítulo la habrás visto en historias, ejemplos y decisiones propias.

Término	En palabras sencillas	Ejemplo cotidiano
Decisión financiera	Una elección que haces sobre cómo ganar, usar, guardar, prestar, pedir prestado o invertir tu dinero. También puede afectar tu tiempo, tranquilidad u oportunidades.	Comprar un automóvil, aceptar una deuda o decidir no hacer una compra.
Costo	Todo aquello que entregas o sacrificas al tomar una decisión. Puede ser dinero, pero también tiempo, esfuerzo, tranquilidad u otra oportunidad.	Un automóvil no cuesta solamente lo que pague por él; también puede requerir gasolina, mantenimiento, seguro y tiempo.
Beneficio	Lo que una decisión aporta a tu vida. Puede ser dinero, pero también comodidad, tiempo, seguridad, aprendizaje o disfrute.	Un viaje cuesta dinero, pero puede darte experiencias y tiempo con personas importantes para ti.
Hábito financiero	Una conducta relacionada con el dinero que repites con frecuencia y que, con el tiempo, produce resultados.	Ahorrar cada quincena, pagar tarde una tarjeta o comprar comida fuera varias veces por semana.
Detonador	Algo que ocurre antes de una decisión y que puede empujarte a actuar. Puede ser una emoción, una persona, una situación, una promoción o incluso el cansancio.	Ver una oferta cuando estás estresado y sentir ganas de comprarte algo para sentirte mejor.
Impulso	La urgencia de actuar rápidamente antes de haber pensado con suficiente calma en las consecuencias.	Comprar algo porque “se acaba hoy” aunque no habías pensado adquirirlo.
Pausa	El espacio que creas entre lo que sientes o sucede y la decisión que finalmente tomas.	Esperar antes de comprar, revisar tus números o preguntarte para qué quieres algo.
Patrón	Una forma de decidir o comportarte que aparece repetidamente en situaciones parecidas.	Trabajar demasiado, sentir culpa por no convivir con tu familia y gastar el fin de semana para compensarlo.
Regla personal	Una decisión que estableces por adelantado para ayudarte cuando vuelva a presentarse una situación parecida.	“Antes de una compra importante esperaré 24 horas y revisaré si realmente cabe en mis planes.”

1. CONCIENCIA

Descubre cuánto cuestan tus decisiones

DE POQUITO EN POQUITO SE LLENA EL JARRITO



Los dos jarritos caben en una buena vida.

El dinero también sirve para disfrutarla: una cena, un viaje, un café, una celebración o ese gusto que hace especial un día cualquiera. Pero también puede ayudarte a construir algo que no siempre viene con etiqueta de precio: paz. La paz de tener un respaldo, cumplir una meta, enfrentar un imprevisto o saber que mañana no empiezas desde cero.

El problema no es llenar el jarrito de la diversión. El problema es hacerlo sin darnos cuenta de que estamos dejando vacío el de la paz.

Y es que los poquitos tienen una curiosa costumbre: juntarse. Una compra, una salida, una suscripción, cien pesos que apartas, una deuda que reduces, una decisión que repites. Por separado parecen poca cosa. Juntos empiezan a contar la historia de lo que haces con tu dinero.

Eso es conciencia financiera: darte cuenta de qué estás haciendo con tu dinero. Qué eliges, cuánto te cuesta, qué recibes a cambio y qué ocurre cuando esa decisión se repite.

Porque antes de cambiar una decisión, hay algo todavía más importante:

dartte cuenta de que la estás tomando.

Y algunas decisiones son mucho más fáciles de ver que otras.

Hay decisiones de dinero que recuerdas perfectamente: tu primer sueldo, el automóvil que compraste, una casa, una deuda, una inversión, el negocio que decidiste comenzar, el dinero que prestaste y nunca regresó o aquel viaje que todavía recuerdas con una sonrisa.

Hay otras que desaparecieron de tu memoria casi inmediatamente después de hacerlas. Y, sin embargo, todas dejaron algo.

Cuando tenía 19 años compré mi primer automóvil. Era un Century 1985 azul. Lo compré en 2001 y estaba muy barato. Al menos eso pensé.

En ese momento estudiaba por las mañanas y trabajaba por las tardes como auxiliar administrativo. Moverme en transporte público significaba recorridos lentos, pocas opciones y unidades llenas de gente. Tener mi propio automóvil significaba comodidad, independencia y, sobre todo, libertad. Además, podía pasear con mi novia. A los 19 años esa prestación tampoco era menor.

Recuerdo la emoción de tener las llaves de mi primer coche. Lo que no recuerdo es haberme sentado a calcular todo lo que vendría después.

Comenzaron las composturas, las refacciones y el mantenimiento. Algunas veces el automóvil se apagaba en la calle y simplemente decidía que ya no quería encender. Entonces había dos posibilidades: empujarlo o llamar a una grúa. Ninguna aparecía en mis cálculos cuando vi aquel precio maravilloso y pensé que estaba comprando una ganga.

Después de aproximadamente un año, el automóvil había terminado costándome cerca de cuatro veces lo que pagué por él. Y entonces me lo robaron.

Por fortuna tenía seguro. Había trabajado en una aseguradora y conocía su importancia. La compañía me pagó el valor del automóvil, aunque eso no significó recuperar todo lo que había gastado.

¿Fue una buena o una mala decisión?

Con los años dejé de verla de esa manera. El Century me costó mucho más de lo que había imaginado, pero también me dio movilidad, independencia, experiencias y libertad. Lo importante fue entender qué había obtenido, cuánto me había costado y qué quería hacer diferente la próxima vez.

Aprendí, entre otras cosas, que **el precio de comprar algo no necesariamente es el costo de tenerlo.**

Una decisión que tomé a los 19 años siguió influyendo en mis decisiones muchos años después. Seguramente tú también tienes algunas así. Puede ser algo que compraste, una carrera que decidiste estudiar, un empleo que aceptaste, una deuda, un negocio, una casa, una inversión o una oportunidad que dejaste pasar. Y no busques solamente errores.

A veces tenemos una memoria extraordinaria para recordar lo que hicimos mal y bastante mala para reconocer lo que hicimos bien. Si estudiaste y eso mejoró tus ingresos, construiste un patrimonio, pagaste una deuda, empezaste a ahorrar, invertiste o aprendiste a no gastar todo lo que recibes, esas decisiones también explican dónde estás hoy.

Intenta ponerles números. No necesitas cantidades exactas. Queremos entender su impacto: cuánto te costaron, cuánto ganaste, cuánto ahorraste o qué oportunidad aprovechaste.

Aunque hay algo que aprendí después: **no todo puede medirse en pesos.**

Durante muchos años trabajé en un banco. Tenía sueldo, prestaciones, crecimiento profesional y una carrera que me había costado construir. Pero había otra parte de aquella vida que no aparecía en mi recibo de nómina.

Salía de casa aproximadamente a las seis de la mañana para trasladarme al corporativo en Santa Fe, en la Ciudad de México, y podía regresar cerca de las nueve de la noche. Cuando viajaba por trabajo, algunas veces salía a las cuatro de la mañana rumbo al aeropuerto y regresaba cerca de medianoche.

Mis hijos eran pequeños. Había días en que salía y estaban dormidos. Regresaba y seguían dormidos.

También estaba el estrés. En aquella época podía terminar el día tomando una o dos copas de whisky o tequila para relajarme. Fumaba y subí de peso. Eran formas de escape que hoy ya no forman parte de mi vida.

Durante años había pensado principalmente en lo que mi trabajo me daba. Tardé más en pensar en lo que me estaba costando.

Cuando recibí mi liquidación decidí utilizar ese dinero para emprender. Dejé atrás la seguridad de recibir un sueldo fijo y aparecieron otras presiones: generar ingresos, conseguir clientes y sostener un negocio propio.

Pero también recuperé algo que para mí tenía muchísimo valor: tiempo con mi familia y mayor libertad para decidir cómo quería vivir.

¿Cuánto valieron las horas que pude pasar con mis hijos cuando todavía eran pequeños? No tengo una cifra. Y no la necesito.

No todo lo que cuesta tiene un precio y no todo lo que ganas aparece en tu cuenta bancaria.

Por eso tu historia con el dinero no se construye solamente con estados de cuenta. También está formada por el tiempo, la tranquilidad, las oportunidades, las relaciones y la vida que tus decisiones te han permitido tener.

PRÁCTICA: MI HISTORIA CON EL DINERO

Empieza con tres decisiones que hayan tenido un impacto importante en tu vida. No importa si te ayudaron, te perjudicaron o hicieron un poco de ambas cosas. No necesitas escribir toda tu autobiografía financiera.

Queremos descubrir qué ocurrió y qué puedes aprender de ello.

No .	¿Qué decidí?	¿Qué ocurrió después?	Impacto aproximado en \$	¿Qué aprendí?
1				
2				
3				

Al terminar, observa tus respuestas. Ahí puede estar una decisión que vale la pena repetir, otra que hoy tomarías diferente y quizá alguna que te ayudó y perjudicó al mismo tiempo.

Ahora dejemos las grandes decisiones y busquemos algo menos espectacular, pero que puede tener un impacto todavía mayor: **lo que haces una y otra vez. Lo que repites con tu dinero.**

Una compra de \$20,000 llama tu atención. La recuerdas, la comentas y quizá hasta te arrepientes durante varias semanas. Un gasto de \$1,500 puede pasar sin hacer ruido. Hasta que descubres que ocurre todos los meses. Entonces son \$18,000 al año. Si llevas cinco años repitiéndolo, son \$90,000.

Los hábitos muchas veces no hacen ruido.

Yo lo descubrí al revisar mis propios números alrededor de los 35 años. Para entonces ya sabía bastante más de dinero que cuando compré aquel Century. Ahorraba en CETES, tenía un fondo de emergencia, hacía pagos adicionales a mis créditos e invertía en educación y en mi negocio.

Si alguien me hubiera preguntado si tenía buenos hábitos financieros, probablemente habría dicho que sí.

Y habría tenido razón. Solo que no toda la razón.

Cuando revisé mis gastos encontré también restaurantes, cafeterías, conciertos, viajes que no siempre había planeado, compras a meses sin intereses, regalos, compras por internet e intereses de tarjetas. Solo en restaurantes podía gastar aproximadamente **\$16,000 al mes**.

Al sumar mis hábitos apareció una contradicción que no esperaba. Los que me ayudaban representaban aproximadamente **\$414,000 al año**. Los que me costaban llegaban a unos **\$423,600**.

Estaba haciendo muchas cosas bien y, al mismo tiempo, neutralizando una parte importante de mi esfuerzo.

Podemos ahorrar y gastar impulsivamente, invertir y pagar intereses de tarjeta o aumentar nuestros ingresos y aumentar nuestros gastos prácticamente al mismo ritmo.

Por eso vale la pena revisar aproximadamente los últimos seis meses. No necesitas analizar cada peso ni convertir el fin de semana en una auditoría. Busca patrones, es decir, que se está repitiendo constantemente.

Tal vez encuentres algo que te ayuda: ahorrar cada quincena, invertir, pagar una deuda, estudiar o comprar herramientas que te permiten trabajar mejor.

También aparecerán cosas que disfrutas y cuestan dinero: restaurantes, viajes, conciertos, regalos o compras por internet. Y seguramente habrá gastos que casi ni

recuerdas: suscripciones, aplicaciones, comisiones o cargos automáticos. Por cierto, no necesitamos culpar al café de todos los problemas financieros de la humanidad. Si disfrutas tu café, puedes seguir respirando. Lo importante es saber cuánto te cuesta **tu hábito** y qué representa para ti.

Si descubres que algo representa \$3,000 mensuales, ya sabes que son \$36,000 al año. Eso no significa automáticamente que debas eliminarlo. Si puedes pagarlo, lo disfrutas y no interfiere con algo que deseas más, quizá esos \$36,000 están perfectamente utilizados.

Pero si quieres liquidar una deuda, independizarte, estudiar, viajar o comenzar un negocio y todos los meses dices que no tienes dinero para hacerlo, la misma cifra adquiere otro significado. Eso es conciencia: entender **qué estás haciendo, cuánto representa y qué estás dejando de hacer a cambio.**

PRÁCTICA: MIS HÁBITOS CON EL DINERO

Revisa aproximadamente tus últimos seis meses. Identifica cinco hábitos relacionados con tu dinero que se repiten con frecuencia. Pueden ser gastos, compras o decisiones sobre tus ingresos. Anota cuánto dinero representan aproximadamente al mes. Calcula su cantidad o costo mensual y después multiplícalo por doce.

No .	¿Qué hábito repito?	¿Cuánto al mes?	¿Cuánto al año?	¿Por qué me beneficia o perjudica?
1				
2				
3				
4				
5				

Mira ahora los resultados. Puede haber algo que quieras conservar porque te ayuda a construir la vida que deseas. También puede aparecer algo que cuesta mucho más de lo que imaginabas o que disfrutas, pero necesitas ajustar.

No intentes cambiar cinco cosas al mismo tiempo. Identifica una: la que más dinero te cuesta, la que más te ayuda, la que más estrés te provoca o simplemente la más fácil de modificar.

Ya sabes qué decisiones te han traído hasta aquí y qué comportamientos estás repitiendo.

Ahora viene lo verdaderamente útil: **decidir qué vas a hacer con esa información.**

Decidir antes de que el dinero se vaya

¿Recuerdas la pregunta de aquel domingo?

¿En qué se me fue el dinero?

Ya conocemos su problema: llega demasiado tarde. Ahora puedes preguntarte antes:

¿En qué quiero utilizar mi dinero y para qué?

Hace algunos años habría agradecido hacerme esa pregunta con un poco más de calma.

En 2014 tenía 32 años, estaba casado, tenía dos hijos y trabajaba en un banco. Vivíamos en un departamento de mi suegro cuando llegó un nuevo jefe y me dijo que mis funciones ya no eran necesarias para su planeación y que debería buscar otro trabajo o estar en otra área del banco, en otro caso decidiría despedirme.

Tuve miedo.

Ante la posibilidad de quedarme sin empleo tomé rápidamente una decisión: comprar una casa grande con la idea de utilizarla también para generar ingresos mediante un negocio. El plan parecía tener lógica.

Al final cambié de área y no me despidieron. El negocio que había imaginado tampoco lo puse en marcha. Sí intenté rentar la casa para eventos infantiles o cursos de verano. Mi esposa y yo somos personas generosas y no cobrábamos a los padres de los niños, que muchos de ellos eran vecinos o familiares. Los antiguos dueños me pidieron de favor que le rentara a su hijo que era dentista un local para prestar sus servicios en \$2,500 pesos al mes. La casa seguía sola, no la usaba para vivir ni para rentar, excepto por el local. Durante seis meses solamente la limpiamos y le dimos mantenimiento.

El pago de las mensualidades del crédito de la casa que se le conoce como hipoteca, en cambio, sí llegó. Puntualmente. Cada mes.

Pagaba aproximadamente \$20,000 mensuales. Además, tenía colegiaturas y pagos de tarjetas que podían superar otros \$8,000 al mes, más gastos de alimentación, ropa, entretenimiento, no me alcanzaba con un ingreso neto cercano a \$35,000. Recuerdo iniciar mi sueldo en el banco en \$11,000 pesos al mes y es verdad que, si no sabes en qué vas a utilizar tu dinero, entre más ganas más gastas.

Después de dos años de vivir en la casa seguía teniendo problemas de dinero. La casa tenía dos locales que logré rentar —uno para una tienda de abarrotes y otro para un dentista— y entre ambos recibía alrededor de \$7,000 mensuales. Ayudaban, pero no resolvían el problema y más cuando no exigía el pago de la renta o penalizar cuando no me pagaban de forma completa o en tiempo.

Empecé a sentir que me ahogaba con los pagos. Utilicé más crédito, busqué ingresos adicionales y comencé a dar clases en el Tec de Monterrey en un diplomado de ventas consultivas, para compensar.

Hay algo de esa experiencia que todavía me parece importante. Yo trabajaba en un banco. Sabía qué era una hipoteca. Entendía las tarjetas de crédito. Sabía hacer números. Lo que no hice fue detenerme a distinguir si estaba tomando aquella decisión por los números **o por miedo**.

Eso no significa que todo lo que ocurrió después haya sido malo. Vivimos en la casa, los locales generaron ingresos y aquella presión también me llevó a dar clases, una actividad que después se volvió muy importante en mi vida.

Pero aprendí algo: antes de comprometer una cantidad importante de dinero conviene distinguir entre lo que sabes que está sucediendo y lo que imaginas que podría suceder.

No necesitas comprar una casa para vivir algo parecido. Tal vez compraste por miedo a perder una oportunidad, aceptaste una deuda pensando que después ganarías más, prestaste dinero porque te dio pena decir que no o gastaste porque en ese momento querías sentirte mejor. Lo importante no es castigarte por la decisión. Es entenderla antes de volver a tomarla.

A partir de lo que descubras puedes elegir entre cinco caminos para tomar una decisión que puede beneficiarte o perjudicarte.

1. **ACEPTO:** ¿Te beneficia? ¿Puedes pagarlo? ¿Te acerca a lo que quieres? Entonces acéptalo. No tienes que sentir culpa porque algo cuesta dinero. Para eso también trabajas.
2. **AJUSTO:** ¿Te gusta? ¿Lo disfrutas? ¿Te aporta algo, pero está interfiriendo con una meta más importante? Ajústalo. Quizá menos veces. Quizá de otra manera. Quizá más barato. No siempre tienes que eliminar aquello que disfrutas para tomar una mejor decisión.
3. **RECHAZO:** ¿Está perjudicando tu salud, tu bienestar o el de alguien más? Recházalo. Aquí quizá el costo más importante ni siquiera sea el dinero.
4. **POSPONGO:** ¿No estás seguro? ¿No sabes si realmente lo necesitas? ¿No sabes si te beneficia o te perjudica? Entonces espera. Posponer también es decidir. Además, tenemos una habilidad extraordinaria para convertir: **“Lo necesito hoy”** en: **“¿Cómo era aquello que quería comprar?”** con unas cuantas horas de diferencia.
5. **BUSCO OTRA OPCIÓN:** Y ésta quiero que la recuerdes. Porque a veces pensamos que solamente podemos: **comprarlo o no comprarlo. hacerlo o dejar de hacerlo. disfrutar o sacrificarnos.** ¿Quién dijo? Busca otra opción. Quizá puedas obtener el mismo beneficio, placer o resultado de otra manera. Ahí también estás utilizando tu inteligencia con el dinero.

Pero todavía falta una pregunta. ¿PARA QUÉ?

¿Para qué aceptas? ¿Para qué ajustas? ¿Para qué rechazas? ¿Para qué pospones?
¿Para qué buscas otra opción?

Porque quiero que **tú seas responsable de tus decisiones**. Si una decisión te perjudica, aprende de ella.

No necesitas buscar a quién echarle la culpa. Y si una decisión te beneficia, tampoco digas que solamente tuviste suerte. Quizá hubo esfuerzo, disciplina, ahorro, sacrificios, experiencia e inteligencia.

También reconoce lo que has hecho bien. Porque ser responsable de tus decisiones significa aceptar los errores, pero también reconocer tus aciertos.

Imagina que encuentras un gasto de \$3,000 mensuales en comidas fuera. Son \$36,000 al año. Si puedes pagarlo, lo disfrutas y no está interfiriendo con ninguna meta importante, puedes aceptarlo. Has trabajado para ganar tu dinero y también puedes utilizarlo para disfrutar.

Ahora supongamos que tienes una deuda que te está quitando tranquilidad y esos \$36,000 podrían ayudarte a reducirla. No necesitas encerrarte un año a comer arroz mirando la pared. Puedes salir menos veces, cambiar de lugar, cocinar algo especial en casa o encontrar otras actividades para convivir. No necesariamente eliminaste algo que disfrutas. Lo ajustaste porque apareció algo que en este momento quieres más. La cantidad no cambió.

Cambió tu para qué. Y por eso puede cambiar tu decisión.

PRÁCTICA: MI SIGUIENTE DECISIÓN

Regresa a lo que descubriste en las dos prácticas anteriores y elige hasta tres situaciones. Para cada una decide qué quieres hacer y, antes de dar por hecho que solo existe una solución, busca otra posibilidad.

No.	Situación	Acepto / Ajusto / Rechazo / Pospongo / Busco otra opción	¿Qué otra opción tengo?	¿Para qué?
1				
2				
3				

Antes de continuar, observa algo más. Si descubriste que has construido ahorros, patrimonio, conocimientos, experiencia o tranquilidad, eso tampoco apareció por accidente. Hubo decisiones detrás.

Reconocer tus errores es importante. Reconocer tus aciertos también, porque aquello que te ha ayudado puede convertirse en algo que quieras seguir haciendo. No necesitas salir de estas páginas dispuesto a transformar siete cosas el lunes por la mañana. Empieza por una.

Puede ser la que más dinero te cuesta, la que más estrés te provoca, la que más te aleja de una meta o simplemente la más fácil de modificar. Hazla, observa qué sucede y después continúa. Hasta aquí parece sencillo.

Ya identificaste decisiones que te trajeron hasta dónde estás. Encontraste comportamientos que repites, calculaste cuánto representan y elegiste qué quieres conservar o cambiar.

Entonces llega el viernes. Cobras la quincena. Sales cansado. Alguien te escribe con un plan. Te enojas, te emocionas o simplemente quieres darte un gusto. Abres el celular y aparece exactamente aquello que llevabas varios días tratando de no comprar. Además, está en oferta.

Y, como si alguien hubiera estado esperando el momento preciso para poner a prueba tus buenas intenciones, aparecen tres palabras extraordinariamente convincentes:

MESES SIN INTERESES.

Tú ya sabes qué quieres hacer. Incluso sabes para qué. Ahora falta descubrir algo mucho más difícil: **¿podrás hacerlo cuando el miedo, el deseo, la presión o el impulso quieran decidir por ti?**

Eso ya no es conciencia. Eso es **CONTROL**. Ahí puede estar uno de tus mejores descubrimientos.

2. CONTROL

Haz una pausa y elige mejor

HOY MILLONARIO, MAÑANA MENDIGO.



El problema de sentirse millonario el día 15 es que el día 29 también forma parte de la quincena. Cuando llega el dinero, también puede aparecer una curiosa sensación de abundancia: “me lo merezco”, “para eso trabajo”. Y durante algunos días hasta la tarjeta parece estar de acuerdo. Disfrutar no es el problema; decidir como si todo el saldo estuviera disponible para gastar, sí.

El control financiero no significa dejar de disfrutar, sino poner una pausa entre lo que sientes y lo que decides. Porque una emoción de hoy puede terminar gastando el dinero que necesitará tu yo de mañana. Y créeme: tu yo del día 29 también come.

Tenía 43 años cuando vi un reportaje sobre Tardan, una empresa mexicana dedicada a fabricar sombreros desde hace generaciones. No estaba buscando uno y, hasta ese momento, tampoco recuerdo haber sentido que mi vida tuviera un vacío que solamente pudiera llenar un sombrero. Sin embargo, el reportaje consiguió emocionarme. Me dio nostalgia, pensé en apoyar a una empresa de mi país y empecé a imaginar que quizá no estaría mal tener uno.

También había algo más. Venía de trabajar mucho, acababan de operarme de una úlcera y tenía ganas de recompensarme. Después de pasar por una situación así quería comprarme algo, lo que fuera. No lo pensé de esa manera en aquel momento, por supuesto. Simplemente fui con mi esposa a Tardan.

Ya en la tienda me probé varios. Me atraía uno con estilo de explorador y también imaginaba algo parecido a los sombreros que utilizaba Michael Jackson. Mi esposa vio uno de vaquero, me dijo que le gustaba cómo se me veía y su opinión terminó influyendo en mí. Pagué aproximadamente \$2,000 y salí de la tienda bastante satisfecho con mi nuevo sombrero.

El problema apareció cuando llegamos a casa y me hice una pregunta que habría sido mucho más útil hacerme antes de pagar:

¿Y cuándo me voy a poner esto?

Vivo en una ciudad. No acostumbro a vestirme de vaquero y tampoco tenía prevista una nueva carrera en el rodeo. Empecé a buscar posibilidades. Tal vez podría usarlo cuando visitara algún pueblo. Quizá aparecería una fiesta temática. Seguramente algún día llegaría la ocasión perfecta en la que agradecería profundamente haber comprado aquel sombrero.

Todavía estoy esperando ese día.

El sombrero sigue en mi casa y nunca lo he usado. Así como muchas otras cosas que compras por creencias, emociones o manipulaciones. Afortunadamente, gastar \$2,000 no puso en riesgo mis finanzas, así que lo interesante de la historia no es el dinero que perdí. Lo interesante es reconstruir todo lo que ocurrió antes de pasar la tarjeta. Había visto un reportaje que me emocionó, sentí nostalgia y orgullo por una empresa mexicana, venía de una operación, había trabajado mucho y quería recompensarme. Además, deseaba algo que representara cierto estilo y terminé dejándome influir por la opinión de mi esposa.

Todo eso ocurrió antes de pagar. La compra fue solamente el final.

Si hoy me preguntas por qué, entre todos los sombreros que me probé, terminé comprando precisamente uno de vaquero, tengo una explicación financiera muy sofisticada: **no sé**.

Y eso es justamente lo que quiero que descubramos en este capítulo. Muchas decisiones de dinero comienzan bastante antes de sacar una tarjeta, hacer una transferencia o presionar el botón de comprar. Para entonces quizá una emoción, una creencia, una persona o una situación llevan varios minutos empujándonos hacia una decisión.

En CONCIENCIA revisaste qué has hecho con tu dinero, cuánto te ha costado o beneficiado y qué comportamientos estás repitiendo. Incluso empezaste a decidir qué quieres conservar, ajustar, rechazar, posponer o hacer de otra manera. Ahora aparece un problema distinto: puedes saber perfectamente qué quieres hacer y, cuando llega el momento, hacer exactamente lo contrario.

Lo he visto durante años como profesor y trabajando en educación financiera. Personas que entienden un ejercicio, hacen correctamente los números y pueden explicar con claridad qué les convendría hacer, pero toman otra decisión cuando aparecen el miedo, el deseo, la pareja, los amigos, una promoción o una oportunidad que parece que va a desaparecer en los próximos cinco minutos.

También me ha pasado a mí.

Nuestras decisiones no ocurren dentro de una hoja de cálculo. Las tomamos mientras estamos cansados, emocionados, preocupados, enamorados, enojados, celebrando, comparándonos con alguien o tratando de no quedar mal.

Por eso controlar tu dinero no significa aprender a decir que no a todo ni convertirte en una persona incapaz de disfrutar. Puedes viajar, salir, comprar algo que te encanta, invitar a alguien y darte gustos. Incluso puedes tener algunos excesos si puedes pagarlos y estás dispuesto a vivir con sus consecuencias. Sin miedo al éxito. Es tu vida.

CUANDO TRABAJAR MÁS SE CONVIERTE EN UNA TRAMPA

Durante varios años trabajé en el corporativo de un banco en Santa Fe, en la Ciudad de México. Salía de mi casa alrededor de las seis de la mañana y podía pasar cerca de dos horas en el transporte para llegar a trabajar.

Había días en que salía del corporativo a las siete de la noche y llegaba a casa alrededor de las nueve. Cuando tenía que viajar, algunas jornadas empezaban a las cuatro de la mañana rumbo al aeropuerto y terminaban cerca de la medianoche.

En aquel tiempo mis hijos eran pequeños y yo tenía una razón que me parecía imposible cuestionar: trabajaba así porque quería darle a mi familia una buena calidad de vida. Quería que mis hijos tuvieran oportunidades que yo no había tenido, que estudiaran en buenas escuelas, que viajaran, conocieran lugares, disfrutaran experiencias y pudieran tener cosas que a mí me había costado mucho conseguir.

El problema era que, mientras más trabajaba para darles esa vida, menos tiempo tenía para vivirla con ellos.

Algunas mañanas salía y mis hijos todavía estaban dormidos. Regresaba por la noche y ya estaban dormidos otra vez. Podían pasar varios días en los que apenas convivíamos y, aunque yo sabía perfectamente por qué estaba trabajando tanto, empecé a sentir algo que entonces no sabía reconocer con claridad: culpa. Así que intentaba compensarlo.

Llegaba el fin de semana y quería que hiciéramos algo especial. Salíamos a desayunar, después a comer, íbamos a conciertos, compraba regalos o planeábamos viajes. Un sábado y domingo podíamos gastar alrededor de \$3,000 solamente entre desayunos y comidas en restaurantes. Mi pensamiento parecía perfectamente razonable: *he trabajado toda la semana por ellos; casi no los he visto; mi familia merece algo especial*. Y claro que lo merecía.

La pregunta que yo no me hacía era si aquello que necesitábamos en ese momento tenía que comprarse.

Durante unas horas funcionaba. Estábamos juntos, comíamos, nos divertíamos y yo sentía que recuperaba algo del tiempo que no habíamos tenido durante la

semana. El problema aparecía después. Llegaban los estados de cuenta, las tarjetas, la hipoteca, las colegiaturas y los demás compromisos. El dinero volvía a quedar corto y la presión aumentaba. Entonces hacía lo que parecía lógico: trabajar más.

Buscaba otros ingresos, aceptaba más actividades y aprovechaba cualquier oportunidad que me permitiera ganar dinero adicional. Pero trabajar más significaba tener todavía menos tiempo con mi familia. Menos tiempo aumentaba mi necesidad de compensarlos. Compensarlos significaba gastar más y gastar más aumentaba la presión por conseguir dinero.

Sin darme cuenta había construido un círculo perfecto. Solo que giraba en la dirección equivocada.

Lo difícil de reconocer era que ninguna de esas decisiones, vista por separado, parecía absurda. ¿Qué tiene de malo trabajar mucho para darle una mejor vida a tu familia? ¿Qué tiene de malo llevar a tus hijos a un concierto, salir a comer con ellos, viajar o comprarles algo? Nada necesariamente. Muchas de esas experiencias las disfrutamos y hoy forman parte de nuestros recuerdos.

El problema aparece cuando dejas de mirar cada decisión por separado y descubres el patrón que todas juntas están formando.

En mi caso, el detonador no era el restaurante, el viaje ni la tarjeta de crédito. Comenzaba mucho antes. Llegaba agotado, me daba cuenta de que casi no había convivido con mi familia y aparecían la culpa y el estrés. Después surgía un pensamiento que justificaba perfectamente lo que quería hacer: *mi familia merece algo especial*. Entonces gastaba para compensar. Durante unas horas obtenía algo que necesitaba emocionalmente: cercanía, tranquilidad, alegría y la sensación de estar cumpliendo como padre. Después llegaba el costo. Más gastos, menos dinero disponible, deudas y nuevamente estrés. Y ese estrés me llevaba otra vez a trabajar más.

Con los años entendí algo que habría sido muy útil reconocer entonces: yo creía que estaba trabajando para darle tiempo, oportunidades y bienestar a mi familia en el futuro, pero algunas de mis decisiones estaban utilizando dinero para compensar el tiempo que no podía darles en el presente.

No me arrepiento de haber viajado con mis hijos, de llevarlos a conciertos, de salir a restaurantes o de pagar experiencias que disfrutamos juntos. El aprendizaje fue otro: necesitaba distinguir entre una experiencia que elegía conscientemente porque quería vivirla con ellos y un gasto que utilizaba para aliviar una emoción.

Porque cuando no reconoces esa diferencia puedes caer en una trampa bastante extraña: **trabajas para vivir mejor, pero necesitas trabajar cada vez más para pagar la vida que utilizas para compensar todo lo que trabajas.** A eso le llamo **el círculo vicioso del dinero**. Cada vuelta parece resolver el problema anterior, pero al mismo tiempo ayuda a crear el siguiente.

DESCUBRE TU CÍRCULO VICIOSO

Ahora piensa en una decisión con tu dinero que se repite. No empieces por preguntarte solamente qué compras o cuánto gastas. Quiero que retrocedas unos minutos, unas horas o incluso unos días y trates de descubrir qué ocurre antes.

Tal vez compras cuando estás estresado, invitas cuando quieres sentirte aceptado, prestas dinero cuando te da culpa decir que no, gastas en tu familia para compensar el tiempo que no pasas con ella o utilizas las redes sociales hasta encontrar algo que, cinco minutos antes, ni siquiera sabías que necesitabas.

Después observa qué obtienes inmediatamente. Ésta es una parte importante porque, si repites una conducta, probablemente algo te está dando. Puede ser placer, tranquilidad, reconocimiento, pertenencia, alivio, entretenimiento o la sensación de estar haciendo algo por alguien que quieres. Finalmente, mira lo que ocurre después y pregúntate qué hace que el ciclo vuelva a comenzar.

PRÁCTICA: MI CÍRCULO VICIOSO DEL DINERO

No.	Descubre tu círculo	Mi respuesta
1	DETONADOR. ¿Qué situación suele iniciar mi reacción?	
2	EMOCIÓN Y PENSAMIENTO. ¿Qué siento y qué empiezo a decirme?	
3	REACCIÓN. ¿Qué termino haciendo con mi dinero?	
4	ALIVIO Y COSTO. ¿Qué obtengo inmediatamente y qué me cuesta después?	
5	REPETICIÓN. ¿Qué hace que el ciclo vuelva a comenzar y dónde podría detenerlo?	

Cuando termines, no te apresures a prometer que nunca volverás a hacerlo. Primero observa tu círculo completo.

En mi caso podría resumirlo así:

No.	Mi círculo vicioso	Lo que ocurría
1	Detonador	Trabajaba demasiado y casi no convivía con mi familia.
2	Emoción y pensamiento	Sentía culpa y estrés. Pensaba: “Mi familia merece algo especial”.
3	Reacción	Compensaba con restaurantes, regalos, conciertos, viajes y otras experiencias.
4	Alivio y costo	Sentía cercanía y tranquilidad por un momento, pero aumentaban mis gastos, deudas y presión financiera.
5	Repetición	Necesitaba ganar más, trabajaba más, volvía a tener menos tiempo con mi familia y el ciclo comenzaba otra vez.

Lo más valioso de hacer este ejercicio no es descubrir que tienes que dejar de comprar, viajar, salir o disfrutar.

Es encontrar **dónde puedes intervenir antes de que el círculo complete otra vuelta.**

Yo quería convivir con mi familia. Podía hacerlo en un restaurante, durante un viaje o en un concierto, pero también podía estar con ellos sin necesidad de gastar grandes cantidades. El dinero podía ayudarme a crear experiencias con mi familia, pero no podía sustituir mi presencia.

Ahora observa tu propio círculo y pregúntate: ¿En qué momento todavía puedo hacer algo diferente?

Tal vez sea cuando aparece el detonador. Quizá cuando reconoces la emoción. Puede ser cuando escuchas en tu cabeza esa frase que siempre consigue justificar lo que estás a punto de hacer. O quizá necesites detenerte justo antes de sacar el dinero. No importa dónde sea. Lo importante es descubrirlo.

Porque cuando reconoces el momento en el que todavía puedes intervenir, dejas de estar condenado a completar el círculo de la misma manera. Y ahí comienza el verdadero control.

Otro de los problemas comienza cuando algo más o alguien más está decidiendo por ti y tú todavía crees que eres quien lleva el volante. Para recuperar ese espacio vamos a utilizar **las 3 R del Control del Dinero: reconocer, regular y responder.** Me interesa que, cuando aparezca tu propio sombrero de vaquero, consigas descubrirlo antes de llegar a casa.

RECONOCER

Descubre qué está provocando tu decisión

No siempre compramos cosas solamente por lo que son. Muchas veces compramos también lo que representan. Un automóvil puede representar éxito, una marca puede hacernos sentir que pertenecemos, un regalo puede significar amor, invitar a todos puede hacernos sentir generosos y comprar algo después de una semana terrible puede parecer una recompensa perfectamente merecida.

Nada de eso convierte automáticamente una compra en un error. El problema aparece cuando no sabemos qué estamos buscando realmente.

Yo lo aprendí de otra manera cuando tenía 30 años y estudiaba una maestría en Madrid. Algunos de mis compañeros provenían de familias con mucho dinero y podían sostener un estilo de vida diferente al mío. Para ellos salir a determinados restaurantes, de viaje por ciudades de España o Europa, gastar ciertas cantidades o mantener ciertas costumbres era normal.

Yo quería convivir con ellos y formar parte del grupo, así que salía también. El problema era que mi situación económica no era la misma y algunas veces terminaba endeudándome para acompañar un estilo de vida que ellos podían pagar y yo no. ¿Y quién me prestaba? Las tarjetas de crédito con las que me llegué a endeudarme en gastos de comida, ropa y entretenimiento cerca de medio millón de pesos, con el beneficio de tener llamadas constantes tres veces al día para hacer los pagos. Una pena trabajar en un banco y recibir llamadas de tu propio banco para pagar lo que debes.

En aquel momento podía justificarlo fácilmente. Estaba estudiando fuera de México, quería convivir, conocer personas y aprovechar la experiencia. Todo eso era cierto. Lo que tardé más en reconocer fue que también estaba pagando para intentar sentir que pertenecía.

Con el tiempo descubrí algo todavía más incómodo. Aquellas salidas no necesariamente significaban que yo perteneciera a otros espacios de sus vidas. No siempre estaba en sus comidas en casa, reuniones privadas o eventos sociales. Una parte de esa pertenencia que yo intentaba conseguir gastando existía principalmente

en mi cabeza. ¿Realmente son mis amigos? ¿quieren que yo sea su amigo? ¿Estoy pagando un precio por desear sus estilos de vida?

Mis compañeros no eran responsables de mi deuda. Probablemente ni siquiera sabían lo que yo hacía para poder acompañarlos. La decisión era mía. Recuerdo una vez que fuimos a un restaurante a cenar y a beber donde la cuenta era de 125 euros, como 2 mil 500 pesos por persona. Uno de mis amigos mencionó que jugaríamos a la ruleta de la tarjeta de crédito. Le pidió a cada persona su tarjeta de crédito, las colocó en la cesta de pan. La primera tarjeta que sacaba sin ver era la que no pagaba, la segunda tarjeta que sacara era la que sí pagaba y así sucesivamente. Recuerdo que éramos como 10 personas. ¿Adivina que pasó con mi tarjeta? La mía salió premiada para poder pagar lo doble que teníamos que haber pagado cada uno unos 250 euros o 5 mil pesos. Llegó la mesera, pasó mi tarjeta y pagué en una comida lo que yo pagaba de compras en el supermercado al mes. De pasar de risas, chismes, anécdotas en la sobremesa, mi cara y comportamiento se notaron tanto de preocupación que al salir del restaurante uno de mis amigos se me acercó y en privado tomó mi mano y me entregó los 250 euros que fue lo que me cobraron de mi tarjeta de crédito. Me dio un alivio y tanta vergüenza que le agradecí diciéndole que algún día se los devolvería.

¿Qué pude haber hecho diferente? Decir que solo tengo dinero para pagar mi cuenta. ¿Qué pudo haber pasado? ¿Qué ya no me invitaran a sus reuniones, que me sacaran del grupo de Whatsapp, que ya no me sintiera importante? ¿Qué perdiera una amistad? Hoy en día solo los veo cada 5 años a alguno de ellos en una comida o evento ocasional. La pregunta que debí hacerme entonces era mucho más sencilla: **¿cuánto estaba dispuesto a pagar por pertenecer?**

A veces no necesitas controlar el gasto; necesitas descubrir qué necesidad está utilizando el gasto para expresarse. Puede ser pertenencia, miedo, vergüenza, enojo, aburrimiento, deseo de reconocimiento, generosidad o simplemente ganas de sentirte mejor después de un día complicado. También puede aparecer alguna creencia especialmente útil en el momento: “solo se vive una vez”, “me lo merezco”, “Dios proveerá”, “después veo cómo lo pago” o “para eso trabajo”.

Quizá algunas de esas frases sean ciertas. El problema es utilizarlas para dejar de pensar.

Reconocer consiste precisamente en descubrir qué está sucediendo contigo antes de actuar. Imagina que llevas varios minutos viendo algo en internet que no tenías

planeado comprar. Te gusta y aparece un descuento. Después una cuenta regresiva. Finalmente, la página te informa que quedan solamente dos unidades y sientes que tienes que resolverlo inmediatamente.

Lo que cambió fue lo que empezaste a sentir. Puede ser miedo a perder la oportunidad, emoción al imaginarte utilizando aquello, comparación porque alguien más ya lo tiene o simplemente las ganas de darte un gusto después de un día terrible. No necesitas hacer una sesión de terapia frente al carrito de compras. Basta con intentar ponerle nombre a lo que ocurre: estás emocionado, quieres quedar bien, te da miedo perder la oportunidad, quieres premiarte o **te cuesta decir que no, ¿por qué? Porque estamos condicionados a recibir órdenes y a obedecer desde pequeños a decir que sí, aunque nos pueda perjudicar.**

Incluso puedes aprender a reconocer cómo reacciona tu cuerpo. Algunas decisiones vienen acompañadas de tensión, inquietud, aceleración o esa necesidad de hacer algo inmediatamente. Nombrar lo que sucede no elimina la emoción, pero consigue algo importante: deja de ser invisible. Y cuando puedes verla, aparece una pequeña oportunidad para hacer algo antes de reaccionar.

REGULAR

Recupera el tiempo para decidir

Regular no significa dejar de sentir ni convencerte de que ya no quieres aquello que hace treinta segundos deseabas muchísimo. Puedes saber perfectamente que estás emocionado, que tienes miedo de perder una oportunidad o que te estás comparando con alguien y deseando tener lo que otras personas gozan y, aun así, seguir teniendo unas ganas enormes de comprar, gastar, prestar o aceptar algo. Ahí es donde necesitas **regularte**.

Regularte no significa dejar de sentir. Significa bajar lo suficiente la intensidad de lo que estás sintiendo para recuperar algo muy importante: **tu capacidad de decidir**.

No necesitas utilizar todas estas técnicas cada vez. Prueba varias y descubre cuáles funcionan mejor para ti.

1. RESPIRAR 4 X 4

Supongamos que tienes enfrente unos tenis de \$4,500 que te gustan muchísimo y, como si alguien hubiera organizado cuidadosamente la escena, aparece un descuento acompañado del inevitable “último par”.

Antes de pagar, inhala durante cuatro segundos, mantén el aire cuatro, exhala cuatro y espera otros cuatro. Repite el ciclo algunas veces.

No estamos intentando alcanzar la iluminación espiritual frente a unos tenis. Estamos comprando unos segundos.

Cuando estamos muy emocionados, asustados o enojados queremos resolver rápido. Respirar puede bajar la intensidad suficiente para que vuelvas a pensar. Después quizá sigas queriendo exactamente los mismos tenis, y no pasa nada. Ahora puedes preguntarte si ya los querías antes de ver la oferta, si puedes pagarlos, cuánto los vas a utilizar y qué otra cosa podrías hacer con esos \$4,500.

2. PREGUNTARTE

Nuestra mente tiene una extraordinaria capacidad para defender aquello que ya quiere. “Me lo merezco”, “después recupero el dinero”, “solo se vive una vez”, “es una oportunidad” o “todos tienen uno” pueden convertirse en argumentos bastante convincentes cuando queremos que lo sean. Por eso **hacerse preguntas** sirve para cuestionar nuestra primera reacción, no para obligarnos a llegar al no.

1. **¿Realmente lo necesito?** Puedes descubrir que no necesitas algo y aun así decidir comprarlo. Hay una diferencia importante entre convencerte de “lo necesito” y reconocer tranquilamente: “No lo necesito, pero lo quiero, puedo pagarlo y he decidido utilizar mi dinero en esto”. En el segundo caso dejaste de justificarte y empezaste a elegir.
2. **¿Esta decisión me acerca o me aleja de mis metas?** Imagina que tienes \$70,000 de los \$100,000 que necesitas para iniciar un negocio y aparece un viaje de \$25,000. El viaje no es malo y quizá decidas hacerlo. Lo importante es comprender que no estás eligiendo solamente entre viajar o no viajar; también estás decidiendo si estás dispuesto a retrasar el negocio.

Cuando ves las dos cosas al mismo tiempo, el costo de la decisión se vuelve más claro.

3. **¿Puedo obtener lo que realmente quiero de otra manera?** Si quieres convivir con tus amigos, quizá no todas las reuniones necesitan costar \$2,000. Si quieres descansar, no todas las formas de hacerlo requieren un viaje caro. Si quieres recompensarte, el premio no necesariamente tiene que comprarse. Y si quieres ayudar a alguien, prestar dinero no es la única forma de hacerlo. Esta última me costó aprenderla.

3. ALEJARTE

Hay momentos, sin embargo, en los que no necesitas tantas preguntas. Ya sabes perfectamente qué está sucediendo y lo más inteligente puede ser simplemente alejarte. Si estás en una tienda, puedes salir; si estás en una aplicación, puedes cerrarla. Si son las once de la noche y llevas una hora viendo vuelos mientras la página insiste en que solamente quedan dos lugares, puedes apagar la computadora. Es muy probable que el mundo de la aviación consiga continuar sin ti hasta mañana.

Alejarte funciona porque no siempre necesitas demostrar una fuerza de voluntad extraordinaria permaneciendo exactamente frente a aquello que provoca tu reacción. También puedes modificar el entorno. Si ciertas cuentas en redes sociales consiguen que cinco minutos después quieras otra ropa, otro automóvil, otro viaje y probablemente otra vida, puedes dejar de seguirlas, reducir el tiempo que pasas ahí o cambiar el tipo de contenido que consumes. No se trata de declarar la guerra a Instagram, sino de utilizarlo tú en lugar de permitir que termine utilizándote a ti.

Algo parecido sucede con las personas y los ambientes. Si cada vez que sales con determinado grupo gastas más de lo que puedes pagar, no necesariamente necesitas cambiar de amigos. Puedes cambiar el lugar, la frecuencia, el plan o decidir que cada quien pague lo suyo. Si una amistad depende de que gastes dinero que no tienes para conservarla, probablemente acabas de descubrir algo importante sobre esa relación.

4. IMAGINARTE

Cuando la decisión es mayor, regular también puede significar detenerte a imaginar lo que preferirías que no sucediera. Antes de invertir, prestar una cantidad importante, iniciar un negocio o asumir una deuda, solemos construir una película en nuestra cabeza y casi siempre elegimos la versión donde todo sale bien. El negocio funciona, la inversión crece, nos pagan el préstamo y la oportunidad resulta tan extraordinaria como parecía.

Vale la pena ver también la otra película. Supongamos que tienes \$200,000 y estás considerando utilizar \$50,000 en una inversión. Antes de concentrarte únicamente en cuánto podrías ganar, piensa qué ocurriría si perdieras ese dinero. Tal vez podrías absorber la pérdida sin alterar tu vida o quizá tendrías que endeudarte, utilizar tu fondo de emergencia o sacrificar algo mucho más importante. El propósito no es asustarte hasta que dejes de tomar riesgos, sino saber de antemano qué riesgo estás aceptando y qué harías si las cosas no salen como esperabas.

5. CONSULTAR

Y cuando estés demasiado involucrado emocionalmente para verlo con claridad, puedes consultar a alguien. Una pareja, una amistad, un familiar, una persona con experiencia o un asesor pueden ayudarte a mirar lo que no estás viendo. Solo cuida de no buscar precisamente a la persona que sabes que te dará la respuesta que quieres escuchar. Si deseas cambiar de automóvil y pides consejo al amigo que cambia de coche todos los años, quizá no estás buscando consejo: **estás buscando permiso.**

Una buena segunda opinión no debería decidir por ti. Debería ayudarte a hacer mejores preguntas. Hoy incluso puedes utilizar inteligencia artificial para analizar escenarios, riesgos y alternativas. Puedes darle tus cifras y pedirle que cuestione tus supuestos, pero la responsabilidad final debe seguir contigo.

Pídele a alguien que te haga preguntas incómodas. ¿Cuánto te cuesta realmente? ¿Qué pasa si pierdes tu trabajo? ¿Para qué lo quieres? ¿Qué alternativa tienes? ¿Qué estás dejando de hacer con ese dinero?

Hoy también puedes utilizar una inteligencia artificial para hacer este ejercicio.

Por ejemplo:

“Estoy pensando en comprar un automóvil de \$450,000. Gano \$40,000 mensuales, tengo una deuda de \$70,000 y estoy ahorrando para el enganche de una casa. No decidas por mí. Hazme cinco preguntas que me ayuden a evaluar los riesgos, las alternativas y cómo afectaría mis metas.”

Fíjate en algo. No le estás preguntando: “¿Lo compro sí o no?”

Le estás pidiendo que te ayude a **pensar mejor**. La responsabilidad sigue siendo tuya. Y eso es exactamente lo que buscamos.

¿CUÁL TÉCNICA DEBES UTILIZAR?

La que te funcione. Si reaccionas muy rápido, quizá necesites empezar por **respirar**.

Si eres extraordinariamente bueno justificándote, probablemente te sirva más **hacerte preguntas**.

Si las redes sociales o ciertos ambientes disparan tus decisiones, quizá debas **alejarte del estímulo**. Si tiendes a enamorarte solamente del mejor escenario, practica **visualizar también el peor**. Y si sabes que cuando estás emocionado pierdes perspectiva, **consulta a alguien**. Incluso puedes combinar varias.

Por ejemplo: Ves algo que quieres comprar. Respiras. Cierras la aplicación. Te haces tres preguntas. Visualizas qué pasa si lo compras. Y hablas con alguien. Después decides.

Puede que termines exactamente donde empezaste: **comprándolo**. Y está bien. Porque el objetivo de estas técnicas nunca fue conseguir que dijeras **NO**.

El objetivo era conseguir algo mucho más importante: **que cuando digas SÍ o NO, la decisión sea realmente tuya. La decisión sigue siendo tuya.**

Regular tampoco significa dejar de sentir emoción, deseo, miedo o placer. Significa bajar su intensidad lo suficiente para que puedas volver a pensar y decidir. Y cuando eso sucede, llegamos a la tercera R.

RESPONDER

Decide y acepta las consecuencias

Si quieres comprar algo, invertir, salir, prestar dinero, poner un negocio, hacer un viaje o tomar cualquier otra decisión, evalúa qué puedes ganar, qué puedes perder y qué riesgos estás aceptando.

Si conoces esos riesgos, puedes manejarlos y tienes incluso un plan A, B o C para responder si las cosas no salen como esperabas, adelante. Hazlo. Y hazte responsable de las consecuencias.

Eso es muy diferente a reaccionar. Una reacción puede ser: —¡Lo quiero! ¡Lo compro!

Una respuesta puede ser: Sí lo quiero. Puedo pagarlo, entiendo qué estoy arriesgando, no afecta una meta más importante y decidí comprarlo. El resultado puede ser exactamente el mismo: saliste de la tienda con aquello que querías. Pero **la forma en que llegaste a esa decisión fue completamente diferente.**

También puedes responder: Sí lo quiero, pero de esta manera no. Y buscar otra opción.

Esto es algo que quiero que recuerdes durante todo el libro: hay muchas maneras de conseguir lo que quieres. Algunas cuestan dinero; otras requieren tiempo, trabajo, aprendizaje, negociación, paciencia, alianzas o creatividad. También puedes llegar a una respuesta que con los años se ha vuelto importante para mí: **sí quiero, pero todavía no.**

Hay cosas que podría comprar hoy y he decidido esperar. Una de ellas es un departamento para vivir, ser mi oficina o rentar. No significa que haya renunciado a tenerlo ni que piense que comprar una vivienda sea una mala decisión. Después de mis propias experiencias establecí una condición: prefiero esperar hasta contar con activos capaces de ayudarme a cubrir el compromiso financiero que implicaría esa vivienda. Y esto que significa, tener algo que me de dinero para pagar lo que quiero. Mi decisión no es “nunca”. Es “todavía no”.

Algo parecido me ha ocurrido con vacaciones que podían costar alrededor de \$100,000 para cuatro personas durante seis noches en un hotel todo incluido. Podía desear el viaje y tener acceso al dinero, pero eso no obligaba a que la decisión fuera

hacerlo en ese momento. Podía comparar ese viaje con otras cosas que quería construir y elegir.

Ésa es una diferencia importante. Control no consiste en convertir el “no” en la respuesta correcta. Consiste en recuperar suficientes opciones para poder decir sí, no, todavía no, así no o prefiero encontrar otra manera.

Y después toca vivir con la decisión.

Si algo salió bien, también vale la pena reconocer qué hiciste para conseguirlo. Tal vez investigaste, ahorraste, esperaste, negociaste o asumiste conscientemente un riesgo que resultó favorable. No todo aprendizaje financiero tiene que provenir de un error.

Si una decisión tuya salió mal, te corresponde decidir qué harás después. Puedes corregir, pedir ayuda, aprender y modificar tu respuesta la próxima vez. Eso no significa creer que puedes controlar todo. Existen fraudes, engaños, enfermedades, crisis y acontecimientos que nadie puede prever. La responsabilidad consiste en distinguir qué estaba en tus manos, qué no y qué puedes hacer ahora con lo ocurrido.

Esta idea se vuelve especialmente importante cuando aparece la urgencia. Cuando necesitamos dinero o queremos conseguir algo rápidamente, las promesas extraordinarias pueden empezar a parecernos razonables: ganancias enormes, resultados inmediatos o dinero fácil. Precisamente en esos momentos conviene mirar no solamente lo que puedes ganar, sino también lo que podrías perder.

También existen los caminos rápidos y con el dinero abundan. Dinero fácil. Ganancias extraordinarias. Resultados inmediatos. Nada de esfuerzo. Ten cuidado.

Hay formas muy rápidas de conseguir dinero haciendo cosas indebidas o fuera de la ley. El problema es que cuando eliges ese camino también eliges sus riesgos: perder el dinero, meterte en problemas, perder tu libertad o incluso poner en peligro tu vida o la de tu familia.

Hay otro camino que suele ser más lento y bastante menos espectacular: trabajar, entrenarte, mejorar, equivocarte, volver a intentar, sacrificar algunas cosas y tener paciencia.

Piensa en un deportista profesional. Cuando lo ves competir estás observando el resultado, pero detrás hay años de entrenamiento, disciplina y decisiones que nadie vio. También existen deportistas que quisieron llegar más rápido haciendo trampa o utilizando sustancias prohibidas. Algunos incluso ganaron. Hasta que los descubrieron y tuvieron que enfrentar las consecuencias. Entonces entendieron que no solamente importa llegar. **También importa cómo llegas y qué arriesgas en el camino.**

Con el dinero ocurre algo parecido. Importa lo que consigues, pero también cómo lo consigues, qué estás arriesgando y si estás dispuesto a vivir con el resultado.

PRÁCTICA: LAS 3 R DEL CONTROL DEL DINERO

Ahora quiero que dejemos mi sombrero, Madrid, los préstamos y cualquier otro ejemplo. Regresa a **tu propia historia**.

Elige hasta tres situaciones que descubriste en CONCIENCIA y que probablemente vuelvan a presentarse. Puede ser una compra, una salida, prestar dinero, una discusión familiar, una promoción, una inversión o cualquier momento en el que sabes que puedes reaccionar antes de pensar.

No escribas lo que una persona “responsable” debería hacer. Escribe algo que realmente puedas utilizar cuando llegue ese momento.

No .	Situación que quiero controlar	RECONOZCO: ¿qué me provoca?	REGULO: ¿qué haré antes de decidir?	RESPONDO: ¿cómo quiero decidir?
1				
2				
3				

Cuando termines, regresa a la primera fila e imagina que la situación está ocurriendo hoy. Piensa si serías capaz de reconocer el detonador mientras sucede y si aquello que escribiste en REGULO realmente podrías hacerlo en ese momento.

Tu respuesta también debe depender de ti, no de que otra persona cambie su comportamiento.

Si escribiste “voy a controlarme”, vuelve a intentarlo. Esa intención puede parecer excelente mientras lees el libro y servir de muy poco cuando llegue el momento real. Necesitas algo concreto: cerrar la aplicación y esperar hasta mañana, no responder inmediatamente cuando alguien te pida dinero, decidir cuánto gastarás antes de salir o consultar a alguien antes de aceptar una inversión que te emociona demasiado.

La diferencia parece pequeña, pero ya no estás escribiendo lo que te gustaría hacer. Estás preparando **cómo vas a actuar**.

La verdadera práctica empieza después

Llenar una tabla sentado tranquilamente puede ser bastante sencillo. La vida, en cambio, no suele avisarte que en cinco minutos tendrás una magnífica oportunidad para practicar autocontrol financiero.

Simplemente sucede. Recibes dinero y aparece algo que quieres comprar; alguien te invita a salir; tu pareja propone un gasto; un familiar necesita ayuda; ves una promoción o te ofrecen una inversión. También puede ocurrir después de un día terrible, justo cuando sientes que mereces compensarte por todo lo que soportaste.

Quizá la primera vez vuelvas a reaccionar y te des cuenta cinco minutos después. Esa información también sirve. La próxima vez intenta reconocerlo un poco antes. Después, mientras está ocurriendo. Con práctica puedes llegar al momento en que detectes el impulso antes de tomar la decisión.

Lo he observado muchas veces dando clases. Entender una técnica dentro de un salón es relativamente fácil. Incluso podemos explicar perfectamente qué deberíamos hacer. El verdadero aprendizaje ocurre afuera, cuando nadie está calificando el ejercicio y la decisión sí tiene consecuencias.

Por eso no quiero que termines CONTROL con diez propósitos. Quiero que elijas una de las situaciones de tu tabla y construyas una sola regla que puedas recordar cuando vuelva a ocurrir.

MI REGLA DE CONTROL

Cuando _____, antes de decidir voy a _____.

Puede ser esperar hasta el día siguiente antes de una compra que no tenías planeada, darte unas horas antes de prestar dinero, revisar cuánto llevas gastado antes de continuar una salida o consultar a alguien antes de comprometer una cantidad importante.

No necesitas transformar toda tu relación con el dinero esta semana. Necesitas empezar a demostrarte que, cuando aparezca una situación que normalmente te hace reaccionar, puedes crear un pequeño espacio para decidir.

¿Me sentiré mejor o peor si no ayudo?

Durante años presté dinero a algunos de mis empleados. Fueron cantidades distintas: \$5,000 para un celular, \$5,000 para el pago mínimo de una tarjeta de crédito, \$11 mil 500 pesos para un nuevo celular, otros \$5,000 para completar el depósito de una renta, \$10,000 mientras alguien encontraba otro empleo, \$15 mil pesos para pagar una renta y tarjetas y hasta \$20,000 para pagar un crédito personal. En total, algunos de mis empleados todavía me deben \$71 mil pesos. Les dije que me pagaran cuando tuvieran otro empleo. Era muy confiado con las personas. No pedía garantías ni pagarés porque mi razonamiento me parecía lógico y hasta generoso: si alguien de mi equipo tenía un problema económico y yo podía ayudarlo, estaría más tranquilo y podría concentrarse en su trabajo.

Además, mi manera de pensar tenía una historia detrás. Cuando yo necesité ayuda, hubo personas que confiaron en mí y me prestaron dinero. Yo cumplí y pagué. Sin darme cuenta convertí mi comportamiento en una expectativa sobre los demás: si yo había respondido de esa manera, ellos también lo harían.

Hasta que uno de los empleados a quien había prestado \$20,000, y que todavía me debía dinero, apareció con un iPhone y una motocicleta nueva.

Aquello me molestó más allá de la cantidad. Yo había prestado para ayudarlo a resolver un problema y ahora veía que estaba tomando nuevas decisiones de consumo mientras su compromiso conmigo seguía pendiente.

Me sentí utilizado y tuve que reconocer algo que hasta entonces no había considerado: **también la generosidad necesita límites.**

A partir de esas experiencias establecí mis propias reglas. Decidí no volver a prestar dinero a empleados y, tratándose de amigos o familiares, nunca prestarles. Si alguien tenía una urgencia o necesitaba ayuda de dinero les decía que no prestaba pero que si puedo contratar sus servicios o productos si los necesitaba yo a mis contactos. Ésa es mi regla personal; no tiene por qué convertirse en la tuya. Lo importante es que antes mi secuencia era prácticamente automática: “necesita ayuda, entonces le presto”. Ahora existe un espacio en el que puedo preguntarme qué problema intento resolver, si realmente me corresponde hacerlo, qué sucedería si no me pagan y si existe otra forma de ayudar.

He visto ese mismo dilema con otros rostros. Recuerdo a una alumna que llegó a endeudarse para prestarle dinero a su novio, ayudarlo con sus deudas o comprarle un regalo de cumpleaños. Su intención podía ser amorosa, pero para ayudar a otra persona estaba creando un problema financiero para ella misma. Entre “quiero ayudarte” y “por eso voy a endeudarme” existen muchas posibilidades. Aprender a buscarlas también es control.

El sombrero sigue en mi casa. Todavía no he encontrado aquella fiesta temática ni el pueblo donde finalmente llegará su gran oportunidad. De vez en cuando lo veo y recuerdo que los \$2,000 no salieron de mi cuenta solamente cuando pasé la tarjeta. La decisión había empezado mucho antes, entre una operación, las ganas de premiarme, un reportaje que me emocionó, el orgullo por una empresa mexicana y la opinión de mi esposa frente a un espejo.

La próxima vez quizá tampoco tomes la decisión perfecta. Yo tampoco. Lo importante es que empieces a reconocer ese momento un poco antes. Primero quizá lo descubras después de gastar; después, cuando estás a punto de hacerlo; y con entrenamiento, antes de decidir.

Una pausa puede ayudarte a cambiar una decisión. El siguiente reto es conseguir que esa nueva forma de responder aparezca otra vez cuando vuelvas a necesitarla, y después otra, hasta que deje de ser una regla escrita en una página y empiece a convertirse en tu manera habitual de actuar.

3. CONVERSIÓN

Entrena tus decisiones hasta convertirlas en una nueva forma de usar tu dinero

DEL DICHO AL HECHO HAY MUCHO TRECHO



Cinco minutos parecen poca cosa. El problema es que tienen una curiosa facilidad para pedir otros cinco. Con el dinero pasa algo parecido: “ahorita empiezo”, “este mes no”, “sólo esta vez”. Una excepción parece pequeña, hasta que se acostumbra a repetirse.

La **conversión financiera** comienza cuando una buena decisión deja de ser una intención y empieza a convertirse en hábito. Porque entre saber qué hacer y hacerlo puede haber mucho trecho... y a veces está lleno de pequeños “**cinco minutos más**”.

Hasta aquí has hecho algo que pocas personas hacen con su dinero: mirar hacia atrás sin esconderte de tus propias decisiones.

En **Conciencia** descubriste qué has hecho con tu dinero, cuánto te han costado algunas decisiones y cuáles te han ayudado. En **Control** fuiste un poco más atrás para observar qué sucede dentro de ti antes de sacar la cartera, abrir una aplicación,

utilizar la tarjeta o decir que sí. Ahora viene la parte difícil. Porque entender por qué haces algo no significa que dejarás de hacerlo.

Yo puedo saber perfectamente que no necesito comprar algo y comprarlo de todas formas. Puedo conocer el costo de comer fuera todos los fines de semana y volver al restaurante el sábado siguiente. Puedo saber que prestar dinero me ha causado problemas y sentir nuevamente la tentación de ayudar cuando alguien cercano me cuenta una historia difícil.

Saber ayuda, por supuesto, pero una nueva forma de decidir aparece cuando empiezas a practicarla.

A eso le llamo **conversión**.

No ocurre cuando terminas este capítulo. Tampoco cuando prometes que a partir del lunes serás una persona diferente. Ojalá funcionara así. Nos ahorraríamos años de errores, deudas y propósitos de Año Nuevo abandonados en febrero.

La conversión ocurre cuando enfrentas una situación parecida a las anteriores y consigues responder de una manera diferente. Después vuelve a ocurrir. Y vuelves a intentarlo. Hasta que un día aquello que antes requería esfuerzo empieza a sentirse normal.

Esa es la pregunta que quiero ayudarte a responder ahora:

¿Qué forma de pensar y actuar necesitas repetir hasta convertirla en tu nueva manera de decidir con el dinero?

Querer cambiar no es cambiar

Hay momentos en los que cambiar parece urgente.

Dolor. Una deuda que ya no puedes sostener, la preocupación de llegar al final del mes, una discusión en casa, perder dinero o descubrir que llevas años trabajando y tienes mucho menos de lo que imaginabas.

Deseo. Otras veces no estás huyendo de algo. Estás corriendo hacia algo que **deseas**. Quieres independizarte, viajar, estudiar, emprender, comprar una casa, ayudar a tus padres o construir una vida diferente.

Cambio. También puede cambiar tu vida, aunque tú no lo hayas planeado. Llega el primer empleo, el matrimonio, los hijos, un divorcio, una enfermedad, una herencia, el desempleo, un aumento de ingresos o el momento de cuidar a tus padres. La manera en que utilizabas el dinero antes deja de funcionar para la vida que tienes ahora.

Entorno. Las personas con quienes convives, lo que ves todos los días, las conversaciones que escuchas y aquello que otros consideran normal terminan influyendo en lo que tú también empiezas a considerar normal.

Durante años he visto estas cuatro fuerzas aparecer una y otra vez: **dolor, deseo, cambio de vida y entorno.**

Cualquiera de ellas puede darte una razón poderosa para empezar. El dolor puede hacerte decir “ya no quiero seguir así”; el deseo puede mostrarte algo que quieres construir; un cambio de vida puede obligarte a tomar decisiones que antes no necesitabas y el entorno puede cambiar aquello que consideras posible, deseable o normal. Pero tener una razón para empezar no garantiza que continuarás.

La emoción inicial se acaba. La deuda sigue ahí. La casa que quieres sigue costando lo mismo. El negocio tarda más de lo esperado. Tus amigos vuelven a invitarte. Aparece una oferta. Llega el viernes. Estás cansado. Y aquella persona tan disciplinada que prometiste ser el lunes empieza a negociar contigo.

Por eso querer cambiar no es suficiente. Necesitas una razón para empezar y una forma de continuar.

Encuentra tus tres “¿para qué?”

Antes de pedirte treinta días de disciplina quiero pedirte algo más importante. Quiero saber **para qué** vas a hacerlo. Supongamos que me dices: Quiero controlar mejor mi dinero. Yo te preguntaría:

—¿Para qué?

Tal vez responderías:

—Para ganar más, dejar de endeudarme y no sentir que trabajo solamente para pagar.

Volvería a preguntarte:

—¿Y para qué quieres eso?

Quizá ahora la respuesta cambia:

—Para poder decidir lo que quiero hacer con mayor libertad y no solamente por obligación.

Todavía preguntaría una vez más:

—¿Y para qué quieres esa libertad?

Aquí suelen aparecer respuestas que ya tienen poco que ver con billetes.

—Para vivir con tranquilidad. Para dejar de preocuparme tanto por dinero. Para dedicar tiempo a mi familia. Para construir algo mío. Para poder concentrarme en las cosas que realmente me importan.

Aquí empieza a aparecer tu verdadera motivación. Si tu único motivo es “debo gastar menos”, cualquier restaurante, oferta o fin de semana difícil puede derrotarlo. Pero cuando sabes qué estás protegiendo detrás de esa decisión, ya no estás renunciando solamente a una compra. Estás eligiendo algo.

PRÁCTICA. MIS TRES “¿PARA QUÉ?”

No.	Pregunta	Mi respuesta
1	¿Qué quiero cambiar de mi relación con el dinero?	
2	¿Para qué quiero lograrlo?	
3	¿Para qué es importante eso en mi vida?	

Lee tu tercera respuesta. Esa será una de las razones a las que regresarás cuando aparezcan las ganas de abandonar.

Cuando la motivación desaparece

Hay una pregunta incómoda que vale la pena hacerse cuando llevamos meses diciendo que queremos cambiar, pero seguimos haciendo exactamente lo mismo:

¿Realmente quiero cambiar esto lo suficiente?

No siempre.

Quizá el problema todavía no duele lo suficiente. Quizá alguien más continúa resolviéndolo. Tal vez nuestros padres, pareja, familia o amigos absorben las consecuencias. O quizá vivimos suficientemente cómodos como para que cambiar requiera más esfuerzo que continuar igual.

También ocurre lo contrario. Hay personas que tienen una meta tan importante que están dispuestas a modificar temporalmente una parte de su vida para conseguirla.

He conocido personas que querían reunir el enganche de un departamento y durante un tiempo dejaron de comprar cosas que perfectamente podían pagar. Otras comenzaron pequeños negocios de comida, ropa o servicios porque querían financiar un viaje, estudiar en el extranjero o comprar una motocicleta. Algunas cambiaron bares por reuniones en casa, buscaron cine, teatro o actividades gratuitas y descubrieron que podían divertirse sin convertir cada salida en un problema financiero.

No necesariamente vivieron así para siempre. Lo hicieron porque había algo que querían más.

Eso cambia la disciplina. Ya no se siente únicamente como privación. Se convierte en una elección.

Yo también tuve que aprender a repetir

Muchas de las reglas que hoy sigo no aparecieron porque un día me desperté convertido en una persona disciplinada. Aparecieron porque me equivoqué suficientes veces.

Una de las más sencillas comenzó con algo tan cotidiano como comer fuera de casa. Durante años había convertido los restaurantes en entretenimiento, recompensa y convivencia familiar. Cuando decidí reducir ese gasto, comencé a comer más en casa y hacía algo que podría parecer absurdo: anotaba aproximadamente cuánto dinero había evitado gastar.

No significaba que ese dinero hubiera aparecido mágicamente en mi cuenta. Era una manera de hacer visible una decisión que de otra forma habría pasado inadvertida.

Un sábado podía pensar: *hoy no gastamos \$1,500*. Otro fin de semana eran \$2,000.

Después de varias semanas dejabas de ver una comida y empezabas a ver lo que todas esas decisiones juntas podían financiar. Funcionó. Hasta que recaí.

Después de varias semanas comiendo en casa terminé en un buffet gastando aproximadamente \$1,500.

No había ocurrido ninguna tragedia financiera. Podía pagarlo. Simplemente estaba cansado de sentir que para ahorrar tenía que quedarme encerrado.

Aquella recaída me enseñó algo más útil que prohibirme volver a un restaurante. El problema no era solamente la comida. Quería salir. Entonces la pregunta cambió. En lugar de preguntarme cómo resistir otro fin de semana en casa, empecé a preguntarme: **¿Cómo puedo conseguir lo que realmente quiero sin pagar necesariamente de la misma manera?**

Podíamos llevar comida a un parque. Hacer un picnic. Caminar por el bosque. Buscar una exposición. Jugar basquetbol con mi hijo, futbol con mi hija o voleibol con mi esposa. Podíamos salir sin que “salir” significara automáticamente restaurante, centro comercial y estacionamiento.

Con el tiempo incluso cancelé temporalmente una membresía de un club deportivo. Me aburría estar encerrado haciendo ejercicio cuando podía moverme con mi familia y disfrutarlo más. Aquello ya no era solamente ahorrar. Era aprender a encontrar alternativas. Y ésa terminó convirtiéndose en otra de mis reglas.

Una regla tiene que sobrevivir a la vida real

Cambiar no consiste en hacerlo bien treinta días consecutivos. Consiste en saber qué hacer cuando no lo haces bien. Ésa es una diferencia importante porque tarde o temprano vas a fallar.

Habrás una compra impulsiva. Una semana difícil. Un gasto que no habías previsto. Una celebración. Una persona que sabe exactamente qué decirte para hacerte cambiar de opinión. O simplemente un día en que no tengas ganas de comportarte como la versión responsable de ti mismo.

No conviertas una mala decisión en permiso para abandonar las siguientes. Revisala.

Pregúntate qué ocurrió, qué estabas buscando, qué obtuviste, cuánto te costó y qué podrías hacer diferente cuando vuelva a suceder. Eso también es entrenamiento.

Un jugador no deja de entrenar porque falló un tiro. Observa qué hizo, corrige y vuelve a lanzar.

Con el dinero debería ocurrir algo parecido.

Las reglas que nacieron de mis errores

Algunas decisiones tuve que repetir muchas veces hasta que dejaron de sentirse como sacrificios. Aprendí a comer principalmente en casa. A utilizar técnicas de regulación antes de comprar algo que no estaba planeado. A detenerme frente a cosas que quería y preguntarme si realmente las necesitaba.

También tuve que aprender a decir que no. Después de prestar dinero a empleados, familiares y amigos y descubrir que mis buenas intenciones no garantizaban que otras personas fueran a responder como yo esperaba, establecí límites mucho más claros.

Pero decir que no a prestar dinero no significa necesariamente dejar de ayudar. En ocasiones puedo contratar un servicio, comprar algo que la persona vende o buscar

otra alternativa. Una vez mis sobrinos querían dinero para comprar bicicletas y trabajar repartiendo comida. Mi antigua forma de reaccionar habría sido prestarles el dinero. Esta vez hice algo diferente. Tenía una bicicleta. Se las renté por cincuenta pesos diarios.

Ellos podían trabajar. Yo no tenía que regalar ni prestar dinero. Y la bicicleta se convirtió en un activo que producía algo.

Una pequeña decisión contenía una idea enorme: **antes de sacar dinero, busca otra forma de resolver el problema.**

Tus seis reglas también necesitan entrenamiento

A lo largo de este libro vamos a trabajar seis formas de decidir con el dinero.

En **MENTE**, analizas y te controlas antes de decidir.

En **GANA**, haces algo que te acerque a tus metas financieras.

En **ADMINISTRA**, conoces tu situación, solucionas lo que te detiene y tomas el control.

En **INVIERTE**, comienzas a poner tu dinero a trabajar de forma diversificada para alcanzar tus metas.

En **PROTEGE**, previenes riesgos para cuidar lo que has logrado.

Y en **FINANCIA**, utilizas el crédito para alcanzar metas, no para sostener un estilo de vida que no puedes pagar.

No necesitas dominarlas hoy. De hecho, sería absurdo pedirte que cambiaras toda tu vida financiera después de unas páginas. Vamos a hacer algo mucho más realista. Vamos a entrenarlas.

Una decisión a la vez.

PRÁCTICA. PLAN DE ENTRENAMIENTO FINANCIERO

Durante los próximos treinta días vas a observar tus decisiones, detenerte antes de algunas de ellas y realizar acciones que te acerquen a tus metas.

No necesitas convertirte en contador de tu propia vida ni registrar cada moneda que gastes. Busca decisiones.

Las que se repiten. Las que te cuestan. Las que te ayudan. Las que todavía puedes cambiar.

Todos los días: observa, detente y actúa

No.	Entrenamiento diario	Mi respuesta
1	¿Qué decisión de dinero tomé hoy?	
2	¿Me ayudó o me perjudicó? ¿Por qué?	
3	¿Qué ocurrió antes de decidir y cómo pude regularme?	
4	¿Qué regla del dinero entrené hoy?	
5	Mañana, ¿qué voy a mantener, ajustar o dejar de hacer?	

No necesitas escribir una novela cada noche. Una o dos líneas pueden ser suficientes.

Lo importante es empezar a detectar lo que antes sucedía automáticamente.

Una vez por semana: busca el patrón

Una decisión aislada puede engañarte. Cinco o diez decisiones empiezan a contar una historia.

Al terminar cada semana revisa lo que anotaste. También puedes mirar tus movimientos bancarios, tarjetas, ingresos y gastos. No busques culpables. Busca patrones.

PRÁCTICA. MI REVISIÓN SEMANAL

No.	Lo que quiero descubrir	Mi respuesta
1	¿Qué hice bien y quiero repetir?	
2	¿Qué necesito mejorar?	
3	¿Qué comportamiento no quiero repetir?	
4	¿Cuánto dinero ahorré, protegí, gané o utilicé mejor esta semana?	\$
5	¿Qué regla voy a entrenar durante la próxima semana?	

Tal vez descubras que el problema no son los gastos pequeños, sino lo que haces cuando estás aburrido. Quizá no gastas demasiado todos los días, sino los fines de semana. Puede que tu mayor avance no venga de ahorrar, sino de generar un ingreso adicional. O que una sola decisión que dejaste de repetir valga más que veinte cafés. Empiezas a conocerte. Y cuando conoces el patrón puedes intervenir antes.

¿Qué puede pasar en treinta días?

Imaginemos a una persona que decide utilizar este entrenamiento. Llamémosla **Diana**.

Diana quiere reducir el saldo de su tarjeta. Durante mucho tiempo ha pensado que su problema es que “gasta demasiado”, pero esa explicación no le ayuda mucho. Así que durante treinta días empieza a registrar decisiones.

En la primera semana descubre algo que no había visto. Sus mayores gastos no ocurren cuando está contenta. Ocurren cuando está agotada. Los viernes llega cansada después de trabajar toda la semana y aparece una frase casi automática: *Me lo merezco*.

Entonces pide comida, acepta una salida o compra algo que llevaba varios días mirando. La tarjeta resuelve el momento y el problema aparece después.

Al terminar la primera semana ya tiene un detonador: **el cansancio**.

Y también reconoce el pensamiento que suele acompañarlo: “**me lo merezco**”.

Durante la segunda semana decide practicar una regla sencilla. Cuando aparezca esa combinación no va a prohibirse comprar. Primero va a esperar, revisar cuánto ha gastado y preguntarse qué necesita realmente.

Funciona varias veces. Hasta el día doce. Ese viernes sale y gasta \$1,800 que no tenía planeados.

Podría pensar que fracasó. En lugar de hacerlo, registra la decisión. No necesitaba gastar \$1,800. Necesitaba descansar, salir de la rutina y convivir.

La semana siguiente propone una reunión en casa. Entre comida y algunas cosas para compartir gasta \$600.

Obtiene prácticamente lo que buscaba por \$1,200 menos.

La siguiente vez encuentra otra alternativa. Al llegar al día treinta revisa sus registros.

En este ejemplo, durante el mes Diana evitó o modificó varias decisiones que representaron aproximadamente \$3,600 y consiguió destinar \$2,500 adicionales al pago de su tarjeta.

Los números podrían ser completamente distintos para otra persona. Incluso podrían ser mucho menores. Lo importante no son los \$3,600. Lo importante es descubrir **qué hizo Diana para producirlos**.

No eliminó todos sus impulsos. No dejó de divertirse. No se convirtió mágicamente en otra persona después de treinta días. Aprendió a reconocer algo que antes ocurría casi sin darse cuenta: cuando llegaba cansada buscaba una recompensa; cuando pensaba “*me lo merezco*”, aumentaba la posibilidad de utilizar la tarjeta; y cuando conseguía detenerse antes de hacerlo, aparecían otras opciones.

El primer resultado fue financiero: utilizó mejor su dinero.

Pero había ocurrido algo todavía más importante. **Diana había encontrado el momento en que podía decidir diferente**. Ahora tenía que repetirlo.

AL DÍA 30: MIDE LA CONVERSIÓN

Llegar al día treinta no significa graduarte de tus finanzas. Significa detenerte para comparar.

No quiero que respondas solamente: “creo que mejoré”. Busca evidencia.

¿Cuánto ahorraste? ¿Cuánto dinero adicional generaste? ¿Cuánto invertiste? ¿Qué riesgo protegiste? ¿Cuánto redujiste una deuda? ¿Cuánto te acercaste a una meta? Y, cuando sea posible, calcula el porcentaje de avance.

PRÁCTICA. MI RESULTADO DESPUÉS DE 30 DÍAS

No.	Resultado	Antes	Ahora / avance
1	Dinero que ahorré o dejé de gastar	\$	\$
2	Dinero adicional que generé	\$	\$
3	Dinero que invertí o utilicé para construir patrimonio	\$	\$
4	Deuda, riesgo o gasto que reduje o protegí	\$	\$
5	Avance hacia mi meta principal	%	%

Ahora agrega una última pregunta: ¿Qué comportamiento produjo el resultado que quiero conservar?

Porque ése es el verdadero avance. El dinero permite medir una parte del cambio. El comportamiento explica cómo repetirlo.

Convierte tu aprendizaje en una regla

Ahora regresa a tus treinta días. Entre todas esas decisiones probablemente encontraste algo que funcionó. Quizá esperar antes de comprar. Comer en casa. Revisar tus números antes de utilizar la tarjeta. No prestar dinero. Buscar una

alternativa antes de gastar. Separar una cantidad para una meta en cuanto recibes un ingreso. Generar dinero adicional cada semana.

No necesitas conservar todas las cosas que intentaste. Quédate con las que funcionaron.

Y conviértelas en una regla que puedas recordar cuando vuelva a aparecer una situación parecida.

No escribas simplemente:

“Voy a gastar menos.”

Eso expresa una intención, pero no te dice qué hacer cuando llegue el momento.

Una regla útil podría ser:

“Cuando quiera comprar algo que no tenía planeado, primero voy a detenerme y revisar qué meta estoy posponiendo para pagarlo.”

O quizá:

“Cuando quiera salir porque estoy cansado o aburrido, primero buscaré una alternativa que me permita disfrutar sin utilizar la tarjeta.”

La diferencia parece pequeña, pero es enorme. La primera versión describe lo que deseas. La segunda te ayuda a decidir cuando llega el momento. Después de treinta días ya no estás inventando una regla porque suena inteligente. Estás construyéndola con evidencia de tu propia vida.

PRÁCTICA. MI NUEVA REGLA

No.	Lo que descubrí	Mi respuesta
1	La situación que más se repite es:	
2	Normalmente reacciono haciendo:	
3	La alternativa que mejor me funcionó fue:	
4	El resultado que obtuve fue:	
5	A partir de ahora, mi regla será:	

Escríbela de manera sencilla. Tiene que ser una regla que puedas recordar frente a una tienda, una aplicación, una tarjeta, una petición de dinero o cualquier otra situación en la que tengas que decidir.

Ésa puede convertirse en **una de tus reglas personales de dinero**.

Y aquí aparece algo que quiero que observes. Empezamos este capítulo preguntando:

¿Qué forma de pensar y actuar necesito repetir?

Treinta días después, la pregunta cambia:

¿Qué forma de pensar y actuar me funcionó y quiero conservar?

Eso es conversión. No dejar de equivocarte, sino aprender de tus decisiones hasta construir una manera diferente de decidir.

Cuando ya no necesites este formato

Cuando tuve problemas financieros anotaba muchísimo. Ingresos, gastos, compras futuras, posibles ingresos, metas, ideas. Mis cuadernos se convertían en una especie de centro de operaciones. Necesitaba ver los números porque mi cabeza podía encontrar excelentes argumentos para ignorarlos.

Hoy mi revisión es mucho más breve y normalmente semanal. No porque ya no necesite tomar buenas decisiones. Porque muchas de ellas se convirtieron en hábitos. Ése también es el objetivo de este entrenamiento. No quiero que pases el resto de tu vida llenando formatos. Quiero que llegue un momento en que puedas reconocer ciertas situaciones casi automáticamente.

Esto ya sé a dónde me lleva.

Aquí necesito detenerme.

Esto sí vale la pena.

Esto me acerca a mi meta.

Esto puedo conseguirlo de otra manera.

Cuando eso empieza a ocurrir, la herramienta ha hecho su trabajo. **Y cuando vuelvas a equivocarte...** Volverá a pasar. A mí me sigue pasando.

La diferencia es que ahora una equivocación puede durar una decisión y no necesariamente convertirse en seis meses de malas decisiones. Puedes regresar al entrenamiento cuando lo necesites.

Si cambian tus ingresos, aparece una deuda, quieres comprar una casa, iniciar un negocio, formar una familia, enfrentar una enfermedad, cambiar de empleo o perseguir una meta importante, quizá necesites volver a observarte. Tu vida cambia. Tus decisiones también tendrán que hacerlo. Por eso las reglas no son una prisión. Son una forma de recuperar capacidad de elección.

¿PARA QUÉ QUIERES TODO ESTO?

He vivido momentos de abundancia y también momentos de escasez.

Y en los peores momentos no siempre reaccioné con la serenidad que uno esperaría de alguien dedicado a las finanzas personales.

Me he enojado. Me he frustrado. He sentido tristeza al mirar la vida de otras personas y pensar que ellas podían viajar, comer, comprar o hacer cosas que yo no podía hacer en ese momento.

Durante años también consumí muchas de las mismas promesas que seguramente has escuchado: hazte rico, sé millonario, retírate joven, alcanza la libertad financiera.

Y sí, puedes querer todo eso. No hay nada malo en querer ganar mucho dinero. Pero con los años empecé a hacerme otra pregunta:

¿Para qué?

Porque puedes dormir en uno de los hoteles más lujosos del mundo y tener una experiencia extraordinaria. Pero también puedes terminar riéndote hasta que te duela el estómago escuchando una historia de alguien que quieres sentado en un parque. El precio es diferente. La experiencia puede ser igualmente memorable. Entender eso no significa renunciar a crecer.

Quiero seguir construyendo. Quiero generar más ingresos, desarrollar proyectos, invertir y alcanzar nuevas metas. Lo que ya no quiero es posponer toda mi vida hasta alcanzar una cifra.

Quizá tú quieras una casa donde puedas sentir paz. Un automóvil que no te quite tranquilidad con combustible, reparaciones o deudas. Un viaje que recordarás durante años. Un negocio que genere dinero para otras metas. Estudios para ti o para tus hijos. Tiempo. Ponle nombre. Ponle número. Ponle fecha cuando puedas. Y después ten paciencia.

Habrás cosas que tendrás que posponer. No necesariamente cancelar. Poner algo en pausa no significa renunciar a ello. Cada decisión que protege una meta es un pequeño avance hacia ella.

Y mientras avanzas, no olvides vivir.

Mira el paisaje. Disfruta a quienes caminan contigo. Celebra los avances. Porque el objetivo no es pasar toda la vida trabajando para conseguir dinero y descubrir al final que entregaste a cambio todo tu tiempo.

Algún día una parte de lo que construyas podrá empezar a hacer algo por ti. Tu dinero podrá ayudarte a generar más dinero. Tus activos podrán financiar algunas de tus metas.

Y quizá, poco a poco, puedas recuperar algo mucho más escaso que cualquier billete:

tu tiempo. Para llegar ahí necesitamos avanzar hacia la siguiente regla.

Hasta ahora hemos trabajado en **MENTE**: observar tus decisiones, entenderlas, detenerte y comenzar a transformarlas.

Pero ninguna cantidad de control puede sustituir indefinidamente una realidad muy sencilla: para ahorrar, invertir, proteger, financiar tus metas y construir opciones necesitas generar dinero.

La siguiente pregunta ya no será solamente:

¿Cómo estoy utilizando lo que tengo?

Será:

¿Qué puedo hacer para generar más valor y acercarme a lo que quiero?

Ahí comienza **GANAR**.

MENTE

Lo que aprendí en este capítulo

Tus decisiones de hoy pueden cambiar lo que viene mañana

1. CONCIENCIA

1. Entiendo que una decisión pequeña puede costarme mucho cuando la repito todos los días, semanas o meses; por eso reviso cuánto representa al mes y al año antes de decir que 'no es para tanto'.
2. Distingo entre el precio de comprar algo y el costo real de tenerlo; antes de decidir, considero también mantenimiento, tiempo, comisiones, reparaciones y otros gastos que pueden aparecer después.
3. Me doy cuenta de qué hábitos de dinero repito casi sin pensarlo y reviso si me ayudan, me perjudican o simplemente ya no tienen sentido para la vida que quiero.
4. Comparo lo que gasto con lo que también quiero lograr; así puedo ver qué meta estoy dejando para después cada vez que uso ese dinero en otra cosa.
5. No intento cambiar todo de golpe; elijo primero el hábito que más me cuesta, más estrés me provoca o más fácil puedo ajustar y empiezo por ahí.
6. Antes de repetir una decisión por costumbre, me pregunto cuánto me cuesta realmente, qué obtengo a cambio y si todavía quiero seguir haciéndola de la misma manera.

2. CONTROL

1. Entiendo que muchas compras no empiezan en la tienda, sino antes: con cansancio, emoción, presión, miedo, deseo de premio o ganas de pertenecer; por eso intento reconocer qué me está provocando antes de actuar.
2. Cuando noto un impulso fuerte, hago una pausa en lugar de decidir de inmediato; cierro la aplicación, espero, salgo de la tienda o me doy tiempo para pensar si eso me ayuda a elegir mejor.

3. Uso las 3 R del control del dinero: RECONOZCO qué me provoca, REGULO lo que siento o hago antes de decidir y RESPONDO de la forma que más me conviene.
4. Preparo reglas sencillas para situaciones que se repiten; por ejemplo, esperar 24 horas antes de una compra no planeada o revisar mi meta antes de usar la tarjeta.
5. Cuando alguien me presiona, me emociona demasiado o me promete algo extraordinario, bajo la velocidad y reviso también lo que podría perder, no sólo lo que podría ganar.
6. Practico una sola regla de control hasta poder recordarla en la vida real No busco controlar perfectamente mis impulsos. Busco reconocerlos un poco antes cada vez.

3. CONVERSIÓN

1. Entiendo que saber qué debería hacer no cambia nada por sí solo; por eso convierto una intención en una acción concreta que pueda repetir durante varios días.
2. Entreno mis decisiones en situaciones reales y observo qué pasa antes, durante y después; así dejo de adivinar qué me funciona y empiezo a comprobarlo.
3. Mido el resultado de mis cambios con algo visible: dinero que ahorré, deuda que reduje, ingreso que generé, inversión que construí o avance hacia una meta.
4. No me quedo sólo con el resultado; identifico qué comportamiento lo produjo para saber qué vale la pena repetir.
5. Cuando fallo, no uso una mala decisión como permiso para abandonar las siguientes; reviso qué pasó, corrijo y vuelvo a intentarlo.
6. Convierto lo que sí me funcionó en una regla personal sencilla y la practico hasta que decidir mejor necesite cada vez menos esfuerzo.

¿Y SI UNA DECISIÓN CON TU DINERO PUDIERA CAMBIAR LOS PRÓXIMOS AÑOS DE TU VIDA?

José, Diana, Adrián, Benito y Rosa enfrentan situaciones financieras que podrían parecerse a las tuyas.

Sus historias te llevarán del **pasado al presente** y hacia **futuros posibles** para descubrir cómo sus decisiones cambiaron lo que vino después y qué **soluciones prácticas** puedes aplicar en tu propia vida.

CINCO HISTORIAS YA ESTÁN ESCRITAS.

LA SEXTA ES LA TUYA.

¿Qué decisión podría cambiar
tu **futuro financiero**?

LUIS MIGUEL TORRES ARROYO

Profesor de la UNAM • Exbanquero
Fundador de Educación Financiera México



edufin.mx

